

La  
conquista  
del  
**ESPACIO**  
se

# UN PLANETA LLAMADO KHRISDAL

A. Thorkent

**CIENCIA FICCION**



Georges Rayet, mayor inspector, aguardó a que su superior, el Legislador Ernst Silvayr, terminase de comprender el significado del informe recibido pocas horas antes a través del enlace de emergencia procedente de Antares.



A. Thorkent

# **Un planeta llamado Khrisdal**

**Bolsilibros: La conquista del espacio - 92**

ePub r1.0

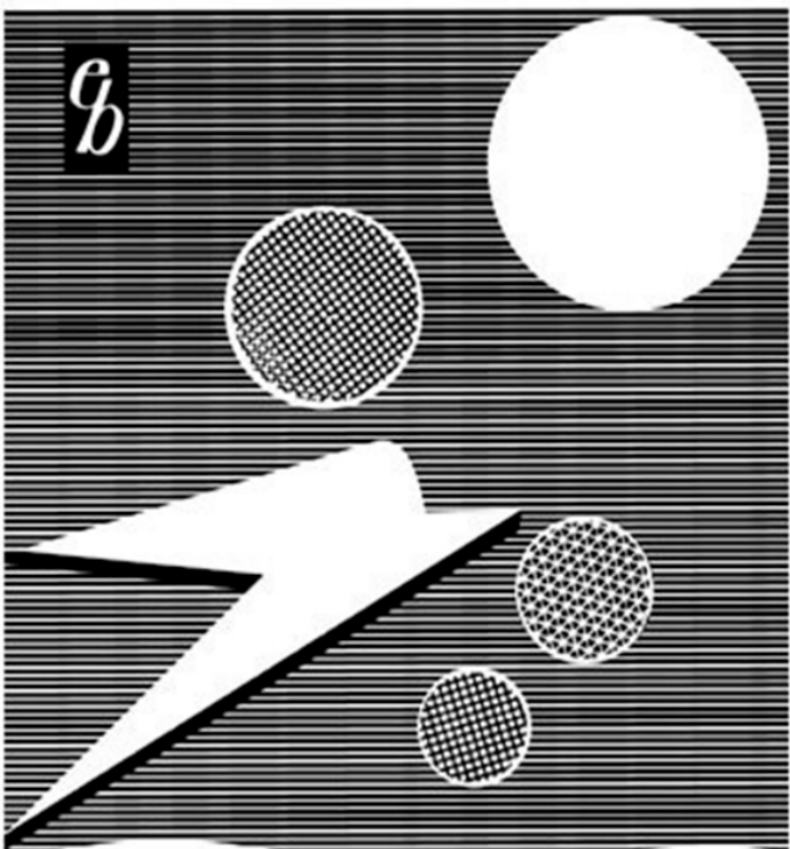
Titivillus 25.09.2019

A. Thorkent, 1972

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1



eb

A stylized graphic featuring a large white rocket launching upwards against a background of horizontal lines. The rocket is depicted with a thick black outline and a white body. Above the rocket, there are four circular celestial bodies: a large solid white circle in the top right, a medium circle with a cross-hatch pattern in the top left, a smaller circle with a star pattern in the middle right, and another medium circle with a cross-hatch pattern in the bottom right. The entire scene is set against a background of horizontal lines.

# LA CONQUISTA DEL ESPACIO

# **UN PLANETA LLAMADO KHRISDAL**

**A. THORKENT**

# 1

Georges Rayet, mayor inspector, aguardó a que su superior, el Legislador Ernst Silvayr, terminase de comprender el significado del informe recibido pocas horas antes a través del enlace de emergencia procedente de Antares.

—De no haberse producido la perturbación en la zona habitual, de la

Vega-Lira

, hubiéramos sabido con tiempo suficiente su llegada a la Tierra, señor —convino el mayor.

Silvayr asintió. Había terminado con el informe y tenía los ojos cerrados, como si pensara intensamente.

—Incluso hubiéramos podido impedir su salida de la base vegana, Rayet. Ahora ya es imposible detenerle —dijo lentamente.

—Podemos devolverle a su punto de origen.

—Sería algo anómalo.

—Pero una mejor solución.

El Legislador movió el brazo derecho y encendió la pantalla de televisión colocada sobre la mesa. Ambos hombres pudieron ver en ella el gran puerto estelar situado a varios cientos de kilómetros de la capital.

—Aún quedan unos minutos para que la nave con nuestro hombre aterrice —dijo Silvayr—. Quizá podamos pensar en una solución lógica.

—Ese comandante de la Unex ha sido un cretino —comentó Rayet—. ¿Qué vio en su oficial para enviarle a la Tierra a una revisión?

El Legislador movió la cabeza.

—Lo ignoro. Ya he solicitado de los Registros el historial completo de... —consultó de nuevo el informe, buscando el nombre —... del teniente Adán Villagran.

—Las máquinas nunca se han equivocado en cien años, señor. Si dijeron que sólo servía para ocupar un puesto medio en la oficialidad, así será.

Ernst Silvayr inició una leve sonrisa, que apagó inmediatamente. Georges Rayet era eficiente, pero aún poseía pocos años de servicio como para que un Legislador del Orden le otorgase su plena confianza. Tal vez más adelante...

—Recuerde que los comandantes de unidades poseen atribuciones para solicitar una revisión a sus oficiales o soldados que estimen merecedores de ocupar un puesto más elevado —volvió a mirar el informe—. La comandante Cooper, Alice Cooper, ha demostrado ya en más de una misión importante que su capacidad está más que probada. ¿Conoce lo que hizo en el sistema planetario de Redon?

Rayet asintió en silencio.

—Allí el Hermes hizo un buen trabajo. Evitó una crisis en el Orden. Una facción de los habitantes de Redon tenían tramado un diabólico plan para desprestigiar a la Tierra y al Orden, además de alzarse ellos con el poder del sistema planetario. Luego, camino a su base vegana, descubrió un punto olvidado, que ahora el Alto Mando está considerando para iniciar un Acercamiento.

—¿Qué hace ahora la comandante Cooper?

El Legislador arrugó el ceño, tratando de recordar.

—Me parece que el mando de zona de Vega-Lira recomendó a la comandante cubrir el caso de Ruder. Aquellos espacios estelares son reacios a integrarse en el Orden. Sobre todo, el reino de Ruder está dando muestras de una agresividad sin antecedentes. La comandante Cooper debe de estar, sin duda, en Cetso, un planeta neutral habitado por comerciantes. Dentro de poco tendremos noticias interesantes de allí.

—¿Por qué está en Cetso, si el punto neurálgico de aquella zona es Ruder?

—Ese planeta no desea recibir la visita del Orden. Cooper tiene órdenes de permanecer en Cetso diez días más. Si durante ese tiempo Ruder no cambia de parecer, deberá regresar.

—¿A la base vegana?

—No. Vendrá aquí directamente, a la Tierra. Tengo entendido que ella y la tripulación del Hermes disfrutarán de un permiso,

mientras se ultima para ellos una nueva nave de exploración, más moderna.

—Para entonces ya sabremos la decisión acerca del teniente Villagran. Ella confiará en llevárselo como oficial mayor de grado, ¿no? Pero lo más probable es que se equivoque.

—No sé aún qué pasará, Rayet —respondió quedamente el Legislador, prestando toda su atención a la pantalla.

—Desearía saber si Villagran será sometido de nuevo a las pruebas de capacitación por las computadoras o no, señor.

—Legalmente, tiene derecho a ello. Ya existen antecedentes.

—Apenas media docena en veinte años —gruñó el mayor inspector.

Silvayr hizo un gesto para que su ayudante mirase la pantalla. En la pista de aterrizaje, una sección del terreno se elevó y las torres de anclaje se pusieron en funcionamiento. Instantes después, una nave descendió majestuosamente, quedando fijada entre aceros. Enseguida acudió el personal especializado para proceder a facilitar el descenso del pasaje.

—¿Quién fue a recibir a nuestro hombre, Rayet?

—Nadie, señor.

—¿Por qué? —preguntó irónicamente el Legislador, como si conociera de antemano la respuesta.

—Así necesitará más tiempo para llegar hasta nosotros.

—Ha sido una buena precaución, sí. Supongo que el teniente, al no estar de servicio, vestirá de paisano, ¿no?

—Por supuesto. Eso facilitará nuestros deseos de que pierda un día o dos.

—Entonces no tendremos que ocuparnos de él hasta mañana. Incluso nos agradecerá este olvido. Cuando un hombre regresa del espacio a la Tierra, le gusta pasar la primera noche en la ciudad, recordando ciertos placeres de que la vida castrense le priva en las Unex.

El Legislador manipuló en la manija de la pantalla. La imagen fue ampliándose hasta centrarse en la fila de personas que descendían de la nave. Fue dejando pasar a la gente hasta que empezó a seguir a un hombre vestido con un sencillo traje azul y amarillo, de corte colonial, que miraba a derecha e izquierda, como si buscara a alguien.

—Ése es —dijo el Legislador.

Rayet asintió. Conocía por imagen tridimensional a Villagran. A pesar de no vestir el tradicional uniforme negro y plata de los servidores del Orden, Adán era una persona fácilmente identificable.

—Debe de hacer más de cinco años que no visita la Tierra, señor —sonrió Rayet—. Se le nota en su mirada ansiosa.

—La vieja Tierra es siempre recordada por sus hijos —asintió el Legislador—. Miles de mundos existen en la galaxia, incluso mucho más hermosos que el nuestro; pero siempre sentimos deseos de volver.

Apagó la pantalla con un gesto decidido. Al mismo tiempo, una sección de su escritorio se abrió y unas hojas metalizadas salieron por la abertura. Silvayr las tomó y leyó rápidamente entre las claves. El mayor veía como el rostro del Legislador se tornaba gris. Con el ceño fruncido, Silvayr dijo pesadamente:

—El asunto se complica, Rayet.

—¿Porqué?

—Hubiera preferido que la comandante Cooper se hubiera equivocado en sus apreciaciones, y nos hubiese enviado un teniente vulgar. Una nueva comprobación, una denegación de ascenso y listo. Nada más hubiera sucedido. Pero ahora...

—¿Puede explicármelo, señor?

Aun a sabiendas de que sus palabras iban a ofender a su ayudante, Silvayr no tuvo más alternativa que decir:

—Lo siento; no puedo. Le ruego que me deje solo. Este asunto ha tomado un cariz demasiado trascendental.

—Comprendo. Estaré en mi despacho si me necesita, señor.

Las secas palabras de Rayet hicieron comprender al Legislador que, efectivamente, su ayudante se marchaba malhumorado.

Cuando se hubo quedado solo, Silvayr trazó la clave de su colega Let Bernet. Estaría en su despacho asiático a aquella hora. Cuando estableció contacto, y después de pasar por delante de tres ayudantes, Bernet le miraba a través de la pulida pantalla; Silvayr respiró un poco más tranquilo.

—Hola, viejo amigo —saludó Bernet—. Hacía tiempo que no sabía de ti. ¿Qué sucede?

—Necesito tu consejo —fueron las palabras de Silvayr.

—Nunca hiciste caso a ninguno de ellos —sonrió Bernet.

—Esta vez será distinto. Estoy tentado de reunir al Alto Mando. En persona. Nada de visores.

Bernet silbó.

—Entonces, será grave lo que te traes entre manos.

—Tenemos en la Tierra a un oficial para pasar unas nuevas pruebas capacitadoras. Su comandante le cree con mejores condiciones que las que disfruta.

—Nada más sencillo. Que las computadoras confirmen su actual situación o reconozcan que se equivocaron entonces. Ciertamente el caso es singular, pero no fuera de serie. A no ser que...

—Es exactamente lo que estás pensando, Bernet. Adán Villagran es un Reserva.

En la pantalla, el rostro de Bernet parecía no dar crédito a las palabras de su interlocutor.

—¿Estás seguro? —preguntó.

Mostrando los pliegos metalizados, Silvayr dijo:

—Acabo de recibir los informes. Ya sabes que estos informes son completos, no los que disponen los Archivos Generales.

—Sí, lo sé. ¿Cómo dijiste que se llamaba ese teniente?

—Adán Villagran. Hace seis años pasó las pruebas. Y no debería presentarse, a nuestro requerimiento, hasta dentro de ocho años.

Bernet se rascó la barbilla.

—Ha sido muy perspicaz ese comandante, al darse cuenta de que Villagran podía... Bien, no sé qué pensar ya. Claro que el comandante sólo pudo descubrir que las dotes de Villagran estaban por encima del grado que ostentaba, bien porque durante las pruebas estuvo por debajo de sus posibilidades o porque durante los años de servicio su inteligencia se desarrolló lo suficiente.

—Te comprendo. Las pruebas quedarían en entredicho si se llegara a sospechar que los resultados fueron alterados, ¿no?

—Exactamente. Entiendo tu preocupación, Ernst; pero no creo que sea preciso convocar a la mayoría del Alto Mando.

—¿Qué sugieres? Te he llamado para conocer tu opinión. Recordé que hace años te ocupaste de un caso similar.

—Es cierto.

—¿Qué hiciste para salir del problema?

Let Bernet sonrió.

—Pregunta a Seguridad cuál es el asunto que les produce más dolores de cabeza. Luego llama al teniente para iniciar las pruebas, y mientras las esté desarrollando... En fin, supongo que llegaste a Legislador por algo más que suerte, ¿no? ¿Has comprendido?

Al principio Silvayr entornó los ojos, sin llegar a comprender las palabras de su colega. Luego, lentamente, fue sonriendo también.

—Tienes razón. Y sé del hombre capacitado para involucrar al teniente Villagran en cualquier asunto.

—Así es. Ya no dependerás solamente del resultado real de las pruebas para tomar una resolución, Ernst.

—Gracias, Let. Sabía que ibas a ayudarme.

Se despidieron, y Silvayr cerró la comunicación. Aún flotaba en sus labios una sonrisa satisfactoria cuando llamó a su ayudante, el mayor inspector Rayet.

Mientras le esperaba, ya que deseaba hablar con él directamente, se dijo que Bernet seguía siendo eficiente en su trabajo. No le extrañaría nada que en breve ocupase uno de los puestos principales del Alto Mando. Lo que necesitaba ahora es que Rayet estuviese a la altura de las circunstancias, y su labor fuese todo lo eficaz que él esperaba.

\* \* \*

Instantes después, el mayor inspector estaba sentado frente al Legislador Silvayr, escuchando atentamente las instrucciones. Al final de ellas, preguntó a su superior:

—Sé de media docena de casos que Seguridad tiene pendientes aquí mismo, en la Tierra, que servirán. Pero ¿por qué tantas molestias con un simple teniente que llega a la Tierra a pasar una revisión?

—Es posible que, al terminar todo esto, pueda explicarle detalladamente los pormenores, Rayet. Pero por ahora deberá atenerse a las instrucciones recibidas.

Viendo el nuevo gesto dolorido de Rayet, el Legislador se apresuró a añadir:

—Usted es merecedor de toda mi confianza, Rayet; pero comprenda que debo atenerme a un mínimo de seguridad. Le

garantizo que a su debido tiempo conocerá lo que ahora llama su curiosidad.

Rayet se levantó y dijo:

—No se preocupe por mí, señor; no soy curioso. Simplemente, hubiera deseado saber más para conocer el terreno que voy a pisar.

—Ya es suficiente con los conocimientos que posee. Dedíquese exclusivamente a las órdenes recibidas. Si durante su trabajo tuviese alguna duda, no vacile en solicitar mi consejo.

—Así lo haré.

Y salió del despacho del Legislador, dirigiéndose al suyo para ponerse en contacto con Seguridad.

## 2

Tan pronto recogió de la aduana su pasaporte con el visado, Adán Villagran se dirigió a la enorme sala de espera.

Allí, en medio de la grandiosidad del espaciopuerto y la abigarrada multitud de cien planetas, con sus exóticos vestidos, chocantes formas de hablar y aspecto que iban desde el humanoide hasta el casi totalmente monstruoso, se sintió desconcertado.

Un robot rodante se le acercó sigilosamente. A su espalda cargaba la pequeña maleta.

Preguntó cantarínamente:

—¿Es usted el pasajero 75 632-LB procedente de Vega-Lira? ¿Dónde desea que le remita su maleta, señor? Dígame el nombre del hotel o apartamento, y deposite un crédito en la ranura, por favor.

Adán sonrió a la reluciente máquina. Había olvidado su equipaje. El robot no necesitaba preguntar realmente si él era el dueño de la valija. Llevaba encima la placa de pasajero, y el cerebro del autómatas sólo tuvo que leerla con su visor.

Miró al salón, tratando de descubrir entre la gente un uniforme negro y plata. No le habían dicho, al partir, que un servidor del Orden iría a recibirle, pero aquella idea acudió a su mente durante el viaje, y ahora se sentía defraudado al comprobar que en la Tierra parecían ignorar su llegada.

Cerca tenía un gran espejo, y vio su imagen reflejada en él. Se veía extraño, vestido de civil. De aquella forma nadie podía pensar que era un oficial del Orden. No podían descubrirle en medio de miles de seres humanos y humanoides.

Adán suspiró y echó una moneda de crédito en la caja del robot. Dijo:

—Envía mi maleta a un hotel de la ciudad, y dime cuál eliges. Me da igual, cualquiera que sea.

El robot hizo funcionar sus registros y respondió:

—Hotel Casiopea, señor. Al llegar, le dirán la habitación que le será asignada. Gracias.

La máquina giró sobre sus ruedas y cruzó el salón, desapareciendo por un montacargas. La maleta, aunque Adán marchase de inmediato al hotel, llegaría antes que él, viajando por los conductos subterráneos neumáticos dedicados a las mercancías.

El teniente se encogió de hombros y entró en el tubo gravitatorio, que le dejó en la primera planta. Allí preguntaría dónde debía ir para alquilar un vehículo que le condujese a la ciudad.

Había llegado a la Tierra dos días antes de la fecha prevista para su presentación a la oficina de Pruebas y Destinos. Si llegaba más tarde de ese plazo, perdería su oportunidad y tendría que regresar a Vega-Lira fracasado.

Lo mejor sería presentarse en las oficinas cuánto antes, incluso sin pasar previamente por el hotel. Las pruebas sólo duraban doce horas, y deseaba saber cuanto antes si Alice Cooper se había equivocado en su presentimiento o no.

Sabía que el Hermes regresaría de su misión en Cetso antes de veinte días, si no surgían dificultades. Si él probaba que los primitivos exámenes se equivocaron con él, podría esperarla en la Tierra. Pero si éstas corroboraban el anterior juicio, no deseaba permanecer en el planeta para ver regresar a Alice. En las mismas oficinas de Pruebas y Destinos solicitaría que le enviaran a alguno de los frentes de guerra que el Orden sostenía contra planetas belicosos.

Por cualquier parte del edificio de administración del puerto del espacio que pasase se encontraba con gran cantidad de gentes que acababan de llegar a la Tierra o estaban a punto de partir, esperando recibir el aviso para subir a las naves de línea.

Adán se dio cuenta de que no había tenido presente el cambio de horario en la Tierra. Era demasiado temprano. Apenas había salido el sol, y en la ciudad se encontraría con que las oficinas de Pruebas y Destinos estarían cerradas.

Entró en el restaurante. Pasó por los aparatos suministradores, formando cola inmediatamente detrás de un ser de Casiopea, de alta estatura y piel blanca como el papel. En cambio, sus ojos eran rojos

y las orejas largas y puntiagudas. Adán pensó que con toda seguridad se trataba de un exportador de madera-metal, que había llegado a la Tierra en viaje de negocios.

Adán depositó sobre su bandeja un café negro, tostadas crujientes, huevos venusianos fritos y un gran vaso con zumo de naranja. Pensó que algunos de aquellos alimentos eran sintéticos, pero el sabor y valor nutritivo serían idénticos a los originales.

Pagó con dos créditos y algunas milésimas, y buscó una mesa libre para él. Casi todas estaban ocupadas. Adán empezaba a resignarse a tener que pedir permiso a alguien para sentarse a su mesa cuando descubrió una vacía junto a los amplios ventanales desde los cuales se dominaba el puerto estelar.

Al llegar a ella, y después de dejar la bandeja, se percató de la niña que estaba sentada en una de las sillas.

—Hola —la saludó, mientras buscaba a los acompañantes.

—Hola —respondió ella sin levantar la mirada, clavada en las punteras de sus zapatos.

Adán tomó asiento delante de la niña. Se dijo que sus padres, al regresar, tal vez se enfadasen con él por apropiarse de la mesa. Estaba tentado de levantarse cuando preguntó:

—¿Vendrán pronto tus padres, preciosa?

Entonces la niña alzó la mirada. En sus ojos había asombro, como si la pregunta de Adán le pareciese lo más estúpido del mundo.

Simplemente, ella negó con la cabeza.

—¿Quieres darme a entender que estás sola?

La respuesta de la niña fue un movimiento afirmativo.

Adán se sonrió. A veces los niños resultan demasiado introvertidos, y son capaces de desconcertar a las personas mayores, pensó. Iba a empezar con el desayuno cuando se detuvo y preguntó:

—¿Qué te parece si, mientras esperas, comes tú algo también?

—No tengo apetito. Gracias.

—Bueno, al menos hablas. Ya es algo.

Adán tuvo un extraño testigo en su desayuno, el primero en la Tierra, después de tantos años. La niña había empezado a mirarle, y no dejó de hacerlo hasta que el hombre terminó de beber su naranjada. Mientras dejaba caer por el conducto de los desperdicios los restos del desayuno y los platos, calculó que la niña no tendría

más de diez años. Era bastante alta, espigada. Sus cabellos dorados y ojos verdes terminaban de dar un encanto especial a su gracioso rostro ovalado.

—Quienes esperas tardan demasiado —dijo el hombre—. No está nada bien que una niña como tú esté sola en un puerto estelar. Dime, ¿no será que te has perdido?

—No. Estoy esperando aquí a una persona.

—¿Cuánto tiempo llevas?

—Tres días.

El puerto del espacio no cerraba nunca sus puertas; estaba abierto las veinticuatro horas. Tal vez la niña sabía aquello, y lo usaba para construir mejor su broma. Adán sonrió ampliamente.

—Me apena dejarte sola —dijo.

—No se preocupe por mí, señor.

—¿Cómo te llamas?

—Rose.

—¿Rose? Bonito nombre. ¿Qué más?

—Nada más. Me llamo Rose. ¿No es bastante? Para mí es suficiente que usted se llame Adán. Su apellido no me interesa.

Adán cerró con fuerza los ojos. Sabía que solamente había tomado el desayuno, sin pizca de alcohol. ¿Acaso había oído mal?

—Pero también sabes cuál es mi apellido, ¿no?

—Villagran.

La palabra fue dicha como la cosa más natural del mundo, pero a Adán le pareció como si le hubiesen dado un puñetazo en la mandíbula en el justo momento de iniciar una carcajada.

—¿Sabes en qué estoy pensando, Rose?

—No.

—El aire de la Tierra me está sentando terriblemente mal.

—Pues es mejor que el de Arat, o aquel otro planeta sin nombre.

—¿Cuál planeta es ése sin nombre?

Rose torció el gesto, como si pensase que Adán era tonto.

—Oh, vamos. Me refiero a ése donde los cohetes dirigidos exterminaron a los mirdos. —La niña cerró los ojos y añadió, riendo—: Me gusta que los hombres que vivían en la vieja nave saliesen de ella. Los hombres de los valles, al fin, encontraron la paz. ¡Oh, Adán, hiciste algo realmente maravilloso en ese planeta!

Adán llegó a pensar que el aire acondicionado del comedor

había sufrido una alteración y estaba congelando el ambiente. Sentía un frío intenso recorrerle el cuerpo.

Era cierto que su labor en el planeta donde los mirdos eran temidos fue algo positivo, pero como Alice no pudo informar de nada de ello, por tratarse de un planeta prohibido, sus méritos quedaron sumidos en la oscuridad. Fue una labor personal suya, que debía ser olvidada, si no quería recibir un castigo por desobedecer las instrucciones, al mismo tiempo de obtener las felicitaciones.

La niña pareció, de súbito, desentenderse de Adán. Miraba, a través de los cristales, las naves que partían del puerto del espacio.

Adán se pellizcó, para asegurarse de que estaba despierto. Cuando volvió a abrir los ojos, la niña seguía estando allí, y no tenía la menor duda de que había adivinado sus pensamientos.

Ya estaba completamente seguro de encontrarse frente a una paranormal. No era nada extraño. Existían muchos. Pero paranormales excelentes sólo los había mayores, personas que desarrollaran sus facultades durante años como los atletas sus músculos. Aquella niña no tenía más de diez años y había demostrado unas cualidades equivalentes a las que podía poseer un telépata al alcanzar los treinta.

—Puedo llevarte a tu casa, Rose —dijo Adán.

La niña apartó la mirada de los cristales y le miró.

—No tengo casa —respondió lentamente.

—En algún sitio vivirás, supongo.

—Sí.

—¿Cuál es?

—Está lejos.

—¿No es en la Tierra?

—No.

—Dime dónde es, por favor. Quiero ayudarte.

Rose dulcificó su carita, y dibujó una encantadora sonrisa.

—Sé que es cierto, Adán. Deseas ayudarme. Gracias. Pero no necesito ayuda alguna.

—Llevas tres días esperando a... a no sé quién. No puedes estar aquí más tiempo. ¿Esperas a tus padres?

—Mis padres no están cerca. Se trata de otra persona.

Adán hubiera deseado saber qué significaba la palabra «cerca» a

Rose. Lo mismo podía ser una docena de metros que varios parsecs. Para un paranormal, las distancias adquieren una dimensión distinta a las de un ser corriente. Pero... ¿sabía Rose que ella no era un ser corriente?

Actuaba con una naturalidad que resultaba sobrecogedora. Generalmente, los paranormales en potencia, contadísimos, nunca querían demostrar ante los demás sus poderes. Una idea acudió a la mente de Adán, y preguntó:

—¿Eres de la Tierra?

—¿La Tierra? ¿Es esto la Tierra? —Ella pareció confusa. Asintió, y dijo, decidida—: Sí, creo que me dijeron que era la Tierra. La persona a quien espero está en la Tierra.

—¿Para qué llegaste?

—Debo mostrar el camino a esa persona.

—¿El camino? —preguntó Adán, a cada instante más confuso—. Pero... ¿sabes quién es esa persona?

—Lo sabré cuando la vea.

Adán estaba deseando formular mil preguntas más. Fue interrumpido por la llegada de un robot, que iba cantando entre las mesas:

—... al videófono, por favor. Adán Villagran es solicitado al videófono, por favor...

El teniente se levantó, interponiéndose en el camino del robot.

—Yo soy Adán Villagran. ¿Dónde está la cabina?

—En el corredor, señor. Cabina treinta y cuatro —respondió el robot, iniciando la retirada una vez cumplida su misión.

Adán se volvió a la mesa y dijo a la niña:

—Espérame a que regrese, preciosa. ¿Lo harás?

La niña le miró con inexpresivos ojos esta vez, y asintió.

Adán corrió a la cabina. En la pantalla ya estaba reflejado un rostro, que al entrar él en el campo de visión dijo:

—Soy el mayor inspector Georges Rayet. Supongo que es usted el teniente Adán Villagran, ¿no es cierto?

—Sí. Acabo de enviar mi equipaje al hotel Casiopea, mayor. Espero haber obrado bien. Hasta ahora, no he recibido instrucciones.

—Puede alojarse en ese hotel hasta pasado mañana, teniente. Dentro de dos días, a primera hora, deberá presentarse en las

oficinas de Pruebas y Destinos.

Adán recordó que era la fecha límite para su nueva prueba. Lo hizo saber así al mayor, quien respondió de inmediato:

—Lo sabemos. No se preocupe. Mientras tanto, puede disfrutar de dos días de diversiones. Espero que estas diversiones no le impidan presentarse. Comprenderá fácilmente el riesgo que corre si, por cualquier circunstancia, pierde esta nueva prueba.

Adán respondió secamente:

—Lo sé. No faltaré. Pero me hubiera gustado hacerlo cuanto antes. No he venido de vacaciones a la Tierra, señor.

—Comprendo su punto de apreciación, teniente. Nos pondremos en contacto con usted en el hotel donde se alojará. De todas formas, confiamos en verle aquí dentro de dos días. Hasta la vista.

—Hasta la vista, mayor.

Permaneció en la cabina unos segundos aún, observando la vacía pantalla. Repentinamente, recordó a la niña y regresó al comedor.

Impetuoso cruzó entre las mesas, levantando las protestas de los comensales en varios idiomas galácticos. Cuando llegó junto a los ventanales, no se extrañó al comprobar que la niña no estaba en la silla.

### 3

Después de hablar con Adán Villagran, Georges Rayet se preguntó si verdaderamente aquel hombre, que a él le parecía bastante vulgar, no iba a enfrentarse con un asunto demasiado difícil. Seguridad consintió, a regañadientes, en poner los efectivos a sus órdenes. Rayet tuvo que mostrar la prioridad concedida por el Legislador para que los inconvenientes desaparecieran.

Consultó su cronómetro. Apenas faltaban unos minutos para que el enlace llegase al puerto del espacio e iniciase el contacto con Villagran. El enlace recibiría por el camino las instrucciones restantes, así como la descripción completa del teniente.

No es que, tanto el Legislador como él, abrigasen la menor esperanza de que el teniente fuese a realizar una labor completa, ni mucho menos; pero sí esperaban que sus fallos no fuesen demasiado ostensibles.

Adán Villagran no podía suponer que las pruebas habían comenzado ya para él. Las que le esperaban en las oficinas dentro de dos días sólo serían un complemento para averiguar si estaba capacitado para llevar a cabo una labor de mayor responsabilidad.

Era el sistema usual empleado; pero Rayet empezaba a pensar que con ese hombre el método estaba siguiendo un derrotero distinto. Incluso se atrevía a intuir que el Legislador poseía cierto empeño en que Adán fracasase. Tal vez incluso que no se presentase a las oficinas de Pruebas y Destinos el día siguiente y a la hora convenida.

Rayet se alzó de hombros y se dijo que a él aquello no le concernía en absoluto. Tenía que limitarse a cumplir con el programa.

Lo peor de todo era que se vería en la necesidad de permanecer todo el día en el despacho, coordinando los movimientos de los agentes de Seguridad. Aquello le ponía de malhumor. Pero ahora

iba a tener unos minutos hasta que el enlace se pusiese en contacto con Villagran. Mientras tanto, podía repasar el informe facilitado por Seguridad.

El caso en el que se pretendía involucrar a Adán Villagran era ciertamente uno de los más difíciles que estaba llevando a cabo Seguridad. Pero las órdenes del Legislador Silvayr eran terminantes al respecto: debía ser sometido a la prueba más dura, y ser implacable con él.

En el informe, ciertos nombres le resultaron familiares a Rayet. Recordó varios hechos, y terminó leyéndolo con verdadera atención. Lo que había empezado a hacer por rutina, terminó por acaparar la totalidad de sus sentidos.

\* \* \*

Adán se quedó unos instantes mirando la silla vacía. Mientras regresaba al comedor, presentía la ausencia de Rose. Ahora, ante la confirmación, se sentía apenado.

Estaba a punto de marcharse, cuando algo llamó su atención. Se trataba de un bolso de mano, infantil. Estaba en el suelo. Rose lo debió olvidar. Lo tomó y miró el interior. Estaba vacío. Pero estaba seguro de que pertenecía a la niña.

Notó la mirada fija de alguien en su nuca, y se volvió.

Era una muchacha joven, morena, y cuyos ojos verdes tenían el mismo tono que los de Rose. Al mirarla Adán, ella desvió la vista del bolsito que sostenía, y la alzó hasta su cara.

Adán la encontró bonita, aunque algo asustada, como si aquel ambiente abigarrado y cosmopolita la turbase.

—¿Desea algo? —preguntó. Viendo que ella volvía a fijarse en el bolsito, dijo—: ¿Le pertenece esto?

Pensó Adán que, por unos segundos, la muchacha estuvo a punto de responder afirmativamente. Pero luego emitió una sonrisa de disculpa y dijo:

—No. Buscaba a alguien...

—Vaya. Hoy todo el mundo parece estar buscando a alguien. ¿Se trata de una niña muy linda llamada Rose?

La muchacha movió la cabeza como si no comprendiese. Sus

labios se movieron, nerviosos, y contestó:

—No sé quién es.

Adán frunció el ceño.

—Entonces, no comprendo cómo iba a encontrar a esa persona...

—Me hubiera encontrado a mí.

Jugando con el pequeño bolso, Adán replicó:

—Ella le estuvo esperando durante tres días, señorita.

—¿Quién?

—La niña. Rose era quien la aguardaba.

—Es posible que fuese ella. ¿Dónde fue?

—No lo sé. Cuando regresé al comedor, había desaparecido. Me interesó mucho Rose, ¿sabe por qué?

—No. ¿Cómo iba a saberlo?

—Es cierto. Es imposible que usted sepa por qué me ha interesado esa niña. Me gustaría explicárselo.

Inesperadamente, el rostro de ella sufrió una alteración. El miedo que al principio había sentido y que era esporádico, ahora se acentuó. Miró a un lado y otro y echó a correr, ante la sorpresa de Adán.

El teniente quiso seguirla. La muchacha ya estaba alcanzando la salida cuando en su camino se interpusieron media docena de robots que acarreaban mesas, sillas y manteles sucios. Adán masculló unas maldiciones. Vio desaparecer a la muchacha. Cuando alcanzó el corredor, no pudo descubrirla.

Recorrió varias salas. Poco después, se daba por vencido. Llegó al convencimiento de que la muchacha, al igual que anteriormente la niña, había desaparecido de su vida.

Utilizó la cinta deslizante para alcanzar la salida. En la puerta, dedicó unos minutos para estudiar el completo sistema de transportes que enlazaba el puerto con la cercana ciudad. La multitud era cada vez mayor, a medida que avanzaba el día. Los vehículos colectivos y particulares llegaban y partían constantemente por tierra o aire.

Adán se encogió de hombros. No había llegado a la Tierra para preocuparse por una niña o una muchacha, ambas extrañas. Estaba allí para someterse a una difícil prueba, que si al principio no deseó, ahora sí quería fervientemente superar. Su semblante se

ensombreció cuando pensó que también podía fracasar. Pero si esto ocurría, ya tenía decidido qué hacer.

Ahora debía llegar hasta la ciudad, al hotel Casiopea. Si disponía de dos días para divertirse, según había insinuado el mayor inspector, no estaba dispuesto a desaprovecharlos. Incluso podía ir a la Ciudad Alegre, en la Luna. Nunca había estado en ella; pero siempre sus amigos le aseguraron que con un par de cientos de créditos podía uno pasar en ella cuarenta y ocho horas que no olvidaría en su vida.

Ciudad Alegre era una de las pocas instituciones que sobrevivieron al Gran Imperio. El Orden respetó sus privilegios y, durante los siglos, en lugar de languidecer, prosperó inusitadamente como centro de placer, juego y mil cosas más, todas las que podían obtenerse con dinero.

Pero aquello, pensó Adán, lo decidiría cuando se cambiase de ropas en el hotel, después de haberse tomado una reconfortante y revitalizadora ducha orgánica.

Bajó los escalones de acero lirano, y llegó hasta la larga fila de vehículos automáticos de alquiler. Cuando estaba a punto de abordar el más cercano, sintió que una mano se apoyaba en su hombro, mientras que su dueño, un hombre, le dijo:

—No haga tonterías, muchacho. Vuélvase despacio hacia mí, y haga como si me conociera de toda la vida.

La mano le liberó de la opresión del hombro, y Adán comenzó a volverse despacio. Frente a él tenía un hombre de tez bronceada, que le mostraba una sonrisa abierta. Pero sus ojos relucían y estaban contradiciendo su sonrisa amistosa. En la otra mano sostenía un libro visual portátil, que movió dos veces significativamente.

Adán comprendió que dentro del libro guardaba un arma, que lo mismo podía tratarse de una aguja anestesiadora como de una pistola de energía.

—¿Qué desea de mí? No le conozco.

—Lo contrario me hubiera sorprendido —el desconocido acentuó su sonrisa—. Veo que ha comprendido que le estoy apuntando. Para su conocimiento le diré que se trata de un lanzadardos que le dejará paralizado durante unos minutos, hasta que yo me haya marchado. Luego morirá, cuando nadie de los

alrededores se acuerde de que estuve cerca de usted.

—Gracias por la información; pero aún no me ha dicho qué significa esto.

—Hemos llegado tarde, amigo. Pero vimos cómo primero estuvo con la niña y luego con la mujer.

Adán no respondió. Pensó que podía ganar más permaneciendo callado.

—Deme el mensaje de la niña. ¿O se lo llegó a entregar a la mujer?

—No sé de qué me habla.

—Me está poniendo nervioso, amigo —la sonrisa del hombre desapareció por unos segundos—. Me refiero al bolso. No tuvo tiempo de entregarlo a la mujer. Ella salió corriendo enseguida.

—Es cierto. ¿Por qué huyó?

El desconocido juntó sus espesas cejas, confuso.

—¿Es que no entiende que Flavia ya sabía que estábamos cerca? Ella lo presiente aun antes que la niña. Pero quiso arriesgarse para ponerse en contacto con el enviado.

Adán parpadeó varias veces, sin comprender nada. Dentro de su bolsillo estaba el pequeño bolso de la niña. Sintió deseos de entregarlo al hombre y acabar con el asunto; pero la incipiente curiosidad fue creciendo de intensidad, y decidió intentar conservarlo.

—Entonces están buscando a la niña y la mujer, ¿no? Le aseguro que no las vi nunca antes de ahora. Y no tengo ningún bolso.

La sonrisa terminó por desaparecer del oscuro semblante del desconocido, quien apoyó el libro sobre el estómago de Adán y dijo:

—Le mataré aquí mismo, y luego se lo quitaré. No sea tonto, y deme el bolso de buen grado. Sabemos que usted nada tiene que ver con el asunto, y no tenemos intención de matarle.

Esta vez fue Adán quien empezó a sonreír. Ante la sorpresa del hombre, lentamente se agachó, hasta arrodillarse. Sus manos tocaron los zapatos, como si quisieran limpiarlos de un imaginario polvo.

—¿Qué hace? Levántese...

—Si me quiere matar, tendrá que hacerlo estando yo así, señor listo. Docenas de personas verán cómo no me muevo de esta incómoda postura. Si dispara para registrarme también observarán

cómo me roba. La pregunta es: ¿tendrá tiempo de escapar?

Adán alzó la mirada y vio al desconocido empezar a ponerse nervioso, mirar de un lado para otro y luego terminar alejándose de allí, a grandes zancadas. Penetró en un vehículo que le aguardaba a varios metros de distancia.

El teniente se incorporó rápidamente. Cerca había algunas parejas de la policía terrestre. Nada tenían que ver con el Orden, aunque dependiesen indirectamente del Alto Mando. Si Adán pedía su ayuda para detener al desconocido, le molestarían demasiado. Su condición de oficial del Orden no le evitaría tener que contestar a todas las preguntas que quisieran hacerle. Además, lo que le había pasado no tenía la menor lógica, y supondría un mal antecedente en vísperas de su prueba.

De modo que penetró en el vehículo automático que momentos antes quiso abordar, en el mismo instante en que el enlace de Seguridad se dirigía hacia él. Antes de acomodarse en el interior del coche, dijo al conductor-robot:

—Localice al vehículo rojo que acaba de partir, y no lo pierda de vista.

—Vehículo localizado, señor —contestó el robot, al tiempo que ponía en marcha el motor y cerraba la puerta.

\* \* \*

El enlace de Seguridad había empezado a correr, esperando poder alcanzar a Adán antes de que el vehículo se pusiese en marcha. Tuvo que verlo alejarse y conformarse con maldecir su mala suerte. Inmediatamente, retrocedió hasta su propio coche y marcó la clave del mayor inspector Rayet.

Rayet apareció en la pantalla. El agente se identificó, y explicó que Villagran se le había escapado por unos segundos. También relató el extraño encuentro que tuvo con un desconocido de tez bronceada, y que él presenció de lejos, sin atreverse a intervenir.

—No me lo explico —masculló Reyet—. Nuestro hombre no tiene amigos en la Tierra. Por su descripción, agente Krones, el desconocido no parece ser un humano total.

—Tiene razón, señor. Yo afirmaré que se trata de un humanoide

Cástor. Son difíciles de clasificar como humanoides, a primera vista. ¿Cuáles son las instrucciones ahora?

—Insista en ponerse en contacto con Villagran. Ya sabe que debe intentarlo todo para que no pueda presentarse dentro de dos días en las oficinas de Pruebas y Destino. Seguramente habrá marchado al hotel donde ya tiene su equipaje.

—Sí, sé que es el hotel Casiopea; pero me parece que ordenó al robot de su vehículo seguir al hombre con quien estuvo hablando.

—¿Usted cree? —preguntó Rayet, cada vez más confundido—. Eso no tiene explicación lógica. Entonces, búsquelo. ¿Podrá hacerlo usted solo, o deberá pedir ayuda?

—No la necesito, por el momento, señor —replicó Krones—. Ya he registrado en el orientador de mi coche la matrícula del vehículo que alquiló Villagran.

—Sígale, pero que él no se percate de que a su vez es vigilado. Téngame al corriente de lo que suceda.

Mientras había estado hablando, el agente Krones puso en marcha su vehículo y lo condujo hacia la pista de velocidad máxima. Unos metros más adelante, con el automático puesto, el coche se elevó hasta una altura de trescientos metros, sobrevolando los niveles más congestionados de la ruta hacia la ciudad.

No había roto el contacto con el mayor, y le dijo:

—Como me imaginaba, señor. Villagran ha salido de la pista terrestre. Vuela por el área a unos doscientos metros, en medio del tráfico más intenso.

Rayet se mordió los labios.

—Tal vez tenga razón, y siga al hombre de tez bronceada —dijo—. Voy a rectificar sus instrucciones, agente. Antes de establecer contacto con Villagran para iniciar el plan previsto, infórmeme. Entonces recibirá órdenes al respecto.

—Comprendido, señor —respondió Krones, que en realidad cada vez entendía menos aquel asunto. Pero Seguridad se limitaba a obedecer órdenes, sin interesarse en averiguar las causas que las motivaban.

Krones sabía de su blanco lo imprescindible. Únicamente que era un oficial con permiso, que pertenecía al Orden y que, por ningún motivo, debía presentarse en las oficinas para pasar unas pruebas. Solamente media hora después de expirado el plazo de que disponía

Villagran podía dejarle en paz o liberarle, si había tenido que llegar a detenerlo. Y de ninguna forma debía él averiguar qué seguridad, cumpliendo órdenes del Legislador Silvayr, había intervenido.

Aunque no le viera, Krones sabía que el vehículo en que Adán viajaba corría a unos doscientos metros delante suyo, mezclado con el intenso tráfico de abajo. El coche al que seguía no lo tenía registrado, y no podía asegurar si estaba cerca o no.

La dirección que llevaban era la de la ciudad, y en ella estarían antes de veinte minutos.

## 4

Adán había bajado del techo el visor telescópico, y observaba el vehículo donde huía el desconocido, que, a una distancia de unos cien metros, volaba a la máxima velocidad permitida en aquella altura hacia la ciudad.

Aún no calculaba la ventaja que podía obtener de aquella persecución. Había tenido la suerte de confundir al extraño, aprovechándose de la multitud del puerto estelar, además de la proximidad de la vigilancia policíaca, para impedirle disparar. Pero temía que, si insistía en inmiscuirse en un asunto que no le concernía, la próxima ocasión no iban a tener con él la mínima consideración.

El desconocido no viajaba solo en su coche privado, al que intentaban darle mayor velocidad, dentro de los límites permitidos. Otro hombre le acompañaba, que era quien conducía. Si no habían ascendido hasta el nivel superior inmediato era porque en aquella zona estaba prohibido el cambio. Hacerlo equivalía a tener enseguida una patrulla paralizando el motor y conduciéndolo a tierra.

El robot, fiel a la orden de Adán, mantenía una separación constante con el coche que perseguía. No adelantaba un metro, pero tampoco consentía en perderlo.

Adán comprendió que los inconvenientes de viajar en un vehículo-robot de alquiler eran mayores que las ventajas. Nunca podría alcanzar a los aparentes fugitivos. Cuando éstos se detuvieran, el suyo lo haría a la misma distancia que ahora les separaba. Pensó que en algún momento se detendrían. Entonces decidiría si continuar tras ellos a pie o dejar el asunto de una vez y olvidarse de él.

Pero algo superior a su voluntad parecía obligarle a querer desentrañar el misterio. Recordaba el rostro dulce y candoroso de

Rose, aunque a la vez decidido y con determinación de adulto, y el asustado de la muchacha, aquella que el hombre de tez bronceada dijo que se llamaba Flavia. Entre ambas existía una conexión complicada y misteriosa, que él se había propuesto descubrir.

El desconocido que le exigió el bolsito de Rose no era terrestre. Debía descender de una subraza de ascendencia terrestre lejana, procedente de Cástor o Pólux. Eran gente introvertida, nada emprendedora, y que se dispersaban por la galaxia causando más problemas que otra cosa.

Estaban entrando en la ciudad. La densa riada de vehículos empezaba a dispersarse en distintas direcciones. Sin dejar de vigilar el coche que perseguía, Adán recordó al robot:

—No pierdas nuestra presa, amigo.

Era absurdo emplear cierta terminología al dirigirse a un robot, pero Adán prefería hacerlo a rebuscar palabras de más fácil comprensión para la máquina. De todas formas, el robot podía entenderle, al igual que a pasajeros que empleasen cien idiomas distintos galácticos.

—Si se detienen, hazlo también —agregó.

—El cliente puede estar tranquilo, señor —respondió aflautadamente el robot.

De súbito, el coche perseguido estuvo incluso a punto de sorprender al eficiente mecanismo del robot. Aceleró vertiginosamente y se elevó, rauda, al cielo, saliendo prohibitivamente de su zona de marcha.

Ya volaba por espacios estrechamente acotados por la circulación, entre elevados rascacielos. Impremeditadamente, Adán gritó al robot:

—¡Que no se escapen!

Los relés del autómata sólo necesitaron unos segundos para recibir la respuesta lógica para él de su computadora. Contestó a Adán tranquilamente:

—El coche rojo ha cometido una infracción, señor. Imposible seguirlo sin atentar contra las leyes.

Adán refunfuñó cuanto necesitó para desahogarse. De no haberse tratado de un coche-robot, aquellos tipos no se hubieran escapado. Resignado, dijo:

—De acuerdo; llévame al hotel Casiopea, animal.

—Adjetivo inadecuado e innecesario, señor. Le llevaré a la nueva dirección —replicó la máquina, desviando el vehículo hacia la derecha.

Había olvidado ya sus vagos proyectos de ir a Ciudad Alegre en la Luna. La intervención de la niña, la mujer y luego los hombres que demostraban inusitado interés por apoderarse de Flavia, le habían hecho desechar ciertos proyectos eróticos.

\* \* \*

El coche se detuvo pocos minutos después en el aparcamiento del hotel, y la voz del robot anunció:

—Hemos llegado, señor. Por favor, deposite once créditos.

Adán echó las monedas en la ranura, y entonces la puerta se abrió silenciosamente. Tan pronto como puso los pies en el suelo, el vehículo despegó rápido.

En el vestíbulo del hotel, con ausencia total de empleados, había pocas personas. Adán entró en una cabina, y ordenó a los mandos que le llevasen a su habitación. La cabina ascendió por el túnel, y luego, elegido el piso, le condujo a través de los pasillos ante una puerta. La maleta de Adán ya llevaba grabada sus huellas, así que nada más tuvo que apoyar los dedos sobre el registrador-cerradura para que la puerta se abriese.

Apenas la puerta se cerró tras él, pensó que estaba viendo visiones. Allí estaba Rose, sentada serenamente en un sofá.

—Hola —saludó la niña, prodigándole el comienzo de una sonrisa.

Cuando Adán pudo reponerse a la sorpresa, dijo:

—¿Qué medio has usado para llegar antes que yo?

—Simplemente vine.

Entonces recordó que él nunca le había dicho que se hospedaba en el hotel Casiopea, y, mucho menos, la habitación que le habían destinado, por el sencillo motivo de que no lo sabía.

—Esto es tuyo —dijo a la niña, entregándole el bolsito.

Rose puso gesto de contrariedad al ver que Adán lo tenía.

—No debiste cogerlo, Adán.

—Creí que se te olvidó y hubieras lamentado perderlo.

—No era para ti. Lo dejé para otra persona.

—¿Para Flavia?

—Sí, ahora sé que es una mujer y se llama Flavia.

—¿Antes no lo sabías?

—No.

—¿Por qué te marchaste? Ella llegó enseguida. Pudiste aguardar algo más, si es que antes habías esperado tres días, ¿no?

—Ellos estaban cerca.

—¿Quiénes son ellos?

—Los hombres que quisieron apoderarse del bolso, Adán. Fuiste muy hábil librándote de él.

Adán se sentó al lado de la niña. Quería estar cerca de ella. No deseaba que desapareciera de súbito, como la vez anterior. Y necesitaba saber algunas cosas.

—Intenté seguirlos, pero ellos burlaron al robot que conducía el vehículo.

—Lo sé —sonrió la niña, como si agradeciese a Adán el interés que se estaba tomando.

—Tú pareces saberlo todo.

Ella puso gesto triste, y respondió:

—No todo. Me gustaría saber dónde está Flavia.

Adán hizo saltar el bolsito sobre sus manos. Lo colocó en el regazo de la niña y preguntó:

—¿Para qué necesitaba Flavia esto? Lo miré, y no hay en él ningún mensaje.

—Hay en él un mensaje; pero sólo para Flavia.

Adán pensó que hubiera sido inútil insistir acerca del mensaje.

—Quieres decir que sólo Flavia podía interpretarlo, ¿no? —Ella asintió, y él añadió—: Pero aquel hombre de tez bronceada lo quería. Tal vez él sí podía saber lo que contenía, lo que tú querías que Flavia supiese. ¿Es posible?

Rose arrugó el ceño, pensando.

—No —dijo firmemente—. El hombre hubiera llevado mi bolso a su jefe, que es quien tiene interés en hallar a Flavia antes que yo.

Adán aspiró hondo, antes de decir:

—Rose, quiero ayudarte. ¿Confías en mí?

Hizo la pregunta temerosamente, creyendo no ser lo bastante sincera como para que la niña recelase. Rose alzó sus ojos hasta los

de él. Estaba seria, pero enseguida cambió su expresión, sonrió y dijo:

—Confío en ti, Adán. —Adán empezaba a sonreír, complacido, cuando la niña agregó rápidamente, apagando su sonrisa naciente —: Pero no preciso de tu ayuda.

—¿Por qué? ¿Tan segura estás de ti misma? ¿O acaso no estás sola?

—Nadie está conmigo. Ninguno de los míos pudo llegar hasta aquí. —Rose se entristeció—. La Tierra está demasiado lejos de casa, y tuvieron que dejarme venir sola. —Enseguida su rostro se iluminó—. Pero están seguros de que podré encontrar a Flavia.

Adán tomó las manos de la niña entre las suyas.

—Rose, pequeña, sospecho que posees cualidades superiores a las de cualquier ser humano normal, pero debes dejar que te ayude. No te haré preguntas que puedan molestarte. Y si alguna no es de tu agrado, no la contestes. Pero estás sola. Necesitas de alguien. Eres inteligente, mas careces de la maldad de los adultos. Ellos pueden llegar a hacerte daño. —Rose le miraba en silencio—. ¿Me comprendes, Rose? Dime una cosa, pequeña. Esos hombres que buscan a Flavia saben que tú también la buscas a ella. ¿No es cierto que les gustaría tenerte a ti?

—Sí. Saben que Flavia, de vez en cuando, presiente dónde estoy yo. Me vigilan porque Flavia vendrá a mí. Oh, yo no les serviré de nada. Quieren a Flavia.

Adán aspiró hondo. Tenía que andar con mucho tiento para seguir sacando a la niña información, sin que ella llegase a pensar que lo estaba haciendo.

—Estoy seguro de que si esos hombres se apoderan de Flavia, le harán daño, Rose.

La niña se encogió de hombros.

—Tal vez no, Adán. Pueden averiguar lo que quieren sin hacer daño a Flavia. Ella no estará fuerte hasta dentro de muchos meses. Mientras tanto, es débil, está indefensa. Por eso he venido yo desde casa, para ayudarla y devolverla al hogar.

Adán sonrió.

—Tu hogar debe ser muy hermoso.

La sonrisa volvió a florecer en la carita de la niña.

—Sí, mucho. Khrisdal es lo más bonito que existe. Más que la

Tierra.

Khrisdal. Adán ya sabía que el lugar de donde procedía Rose se llamaba Khrisdal. Por supuesto que nunca había oído hablar de ningún sitio llamado así. La niña dijo que era más bonito que la Tierra, por lo tanto no podía estar en el planeta. ¿En otro sistema planetario?

Adán aún no podía estar seguro si Khrisdal era un pueblo, un continente, un planeta o una estrella que también daba nombre a uno de sus mundos.

—¿Por qué has venido hasta aquí, Rose? ¿Sólo por el bolso?

Ella bostezó.

—Estoy cansada, Adán. Llevo tres días buscando a Flavia...

—Sí, lo sé —viendo cómo los ojos de la niña se cerraban, Adán sugirió—: Es mejor que duermas un poco. Después, cuando almorcemos, estarás estupendamente.

La condujo hasta el dormitorio. La niña se subió a la cama, y Adán la acomodó. Cuando iba a retirarse, Rose le dijo:

—Tal vez llegue Flavia, Adán. Dile que estoy aquí, que eres mi amigo.

—De acuerdo —sonrió Adán—. ¿Algo más? ¿Te despierto si llega Flavia?

—Yo me despertaré a poco que venga.

A punto de cerrar la puerta del dormitorio, Adán preguntó:

—¿Qué harás si te reúnes con ella?

—La llevaré a Khrisdal. ¿Qué otra cosa iba a hacer?

Desde el otro lado del dormitorio, Adán dijo para sí:

—Sí, claro. ¿Qué otra cosa ibas a hacer?

Se sentó en una butaca, cerca de la ventana, después de servirse una bebida, y se dijo que, con toda seguridad, Rose y Flavia no iban a regresar al hogar a bordo de una nave.

Terminó apenas de beber el contenido del vaso cuando el llamador del visor atrajo su atención. En el brazo del sillón tenía los mandos a distancia, y los manipuló para que el aparato, sobre una mesa con ruedas, se acercase a él. Entonces hizo la conexión, y la pantalla se encendió.

Un rostro atezado, moreno y enjuto, se dibujó en el cristal. Aunque no era el mismo, aquel hombre tenía cierta semejanza con el que le atacó.

—Indudablemente, según la descripción, es con usted con quien deseo hablar, señor —dijo el hombre—. Me llamo Arnold Golden.

—Adán Villagran —se presentó el teniente del Orden, después de pensar que no tenía por qué buscar otro nombre. ¿Cómo sabe que soy yo el que busca?

Golden sonrió cautamente.

—Uno de mis servidores me dijo que es usted demasiado listo. Luego de despistarlo, le siguieron hasta el hotel. Unos créditos fueron suficientes para que los servidores humanos nos dijeran cuál era su habitación.

—He tenido la mala suerte de estar en un hotel poco discreto.

—Yo diría que ha sido todo lo contrario, amigo. Su suerte es enorme.

—Acláreme eso.

—Gracias a la indiscreción de los hombres del hotel, puede ganar un montón de créditos, Adán. Digamos que tantos como diez mil.

Adán sonrió, irónico.

—¿Quiere que mate a alguien? ¿Ya no son eficientes sus hombres?

—Nada tengo que pagar para ordenar que maten a quien quiera. Puedo utilizar contra usted la violencia, pero necesito con toda rapidez tener en mi poder el bolso de la niña.

—Me parece que ofrece demasiado dinero por algo que apenas vale un crédito.

—No le engañaré. En él hay un mensaje para cierta persona.

—No hay nada dentro del bolso. Ya lo he mirado yo.

—Solamente yo podré leer ese mensaje.

—Dígame para qué busca a Flavia.

—Sabe cómo se llama ella porque el imbécil de mi hombre le dijo el nombre, cuando aún pensaba que usted estaba al tanto del asunto. Yo sé que está metido en él de forma fortuita, Adán. Será más saludable para usted que salga de él, sano y con diez mil créditos en la cartera.

—Soy curioso.

—Yo sólo le entregaré dinero a cambio del bolso; no le daré satisfacción a su curiosidad. Puedo mandar dentro de media hora a alguien a su habitación con el dinero. Se lo echará por debajo de la

puerta. Cuando cuente los billetes, podrá entregar el bolso.

Adán cerró los ojos. Pensó en la niña que dormía en la habitación cercana. Pedir ayuda a la policía era absurdo. Decidido, dijo:

—Está bien. Mande el dinero pronto.

—Demuéstreme que tiene aún el bolso.

El teniente lo tomó de encima del sofá, y lo colocó donde pudiera verlo Golden, quien sonrió, complacido.

—Veo que realmente es tan listo como mis hombres me aseguraron.

No hubo despedida. Golden cortó la comunicación.

Adán se pasó unos segundos mirando la vacía pantalla. Luego, como impelido por un resorte, se levantó. No debía perder tiempo. Los hombres de Golden estarían allí en unos minutos. Y para entonces, quería encontrarse lejos.

Al dirigirse hacia su maleta para cambiarse de ropa, pensó que iba a sentir mucho despertar a la niña. Entonces miró hacia la puerta del dormitorio. La niña estaba allí, mirándole con expresión llena de resentimiento.

Antes de que Adán pudiese decir algo, Rose, casi lloriqueando, exclamó:

—Me has engañado. No eres mi amigo, Adán.

—¿Qué estás diciendo? ¿Has escuchado todo? No vayas a pensar que...

—Quieres dar mi bolso a esos hombres malos. Tú también eres malo, Adán.

—No, Rose —Adán estaba aturdido—. Tú sabes que mentí a Arnold Golden para ganar tiempo, y marcharnos de aquí antes de que vengan. ¿Es que ahora no has leído mis pensamientos?

—Estás confuso, y no puedo ahora. Eres malo, Adán.

Adán comenzó a caminar hacia ella cuando los ojos de la niña empezaron a brillar con intensidad. El hombre sintió como si chocase con una pared. Luego, cayó en densa oscuridad.

## 5

Después de volver a hablar con el agente Krones, Rayet sintió la necesidad de entrevistarse con el Legislador Ernst Silvayr; pero no quiso hacerlo por medio del visófono, y se dirigió a su despacho.

—Señor, me temo que el asunto está tomando unos derroteros extraños —dijo el mayor inspector—. Sencillamente, se está escapando de nuestro control. Elementos desconocidos están interfiriendo. El agente Krones no pudo iniciar su misión.

Sombríamente, Silvayr pidió:

—Deme detalles, Rayet.

Cuando Rayet hubo terminado, la preocupación se había acentuado en el rostro del Legislador.

—¿Qué podemos hacer? Krones está cerca del hotel, y sugiere que le enviemos más ayuda. Adán puede escapársele.

Después de pensar, Silvayr dijo:

—El plan inicial queda detenido por el momento, Rayet. ¿No queríamos evitar que Villagran se presentase a las pruebas? Pues ya lo hemos conseguido. Alguien nos está ayudando. Pero temo por la seguridad del teniente. ¿Dijo que recibió una llamada del exterior?

—Sí. Desde el coche, Krones la interfirió, y, aunque sólo pudo visualizar al interlocutor de Villagran cuando la conversación estaba terminando, registró su rostro. Según parece, se trata de un oriundo de Charque, planeta bajo la administración de Lira. Está en la Tierra con permiso provisional de residencia. Generalmente vive en la Luna, en Ciudad Alegre. Allí posee uno de aquellos antros de juego.

—¿Sabes ya el nombre de ese tipo, Rayet?

—Arnold Golden. Seguridad le prohibió vivir en la Tierra.

—¿Cómo es que está aquí ahora legalmente?

—Pidió un permiso de estancia controlada, por motivos de salud.

—Averigüe si es cierto. Es preciso saber la clínica que visita y cuál es su enfermedad. Tal vez todo sea una artimaña.

—Es lo más probable. A Golden únicamente le quedan seis días de estancia. Seguridad está deseando que se largue.

—Ordene a Krones que no deje de vigilar a Villagran, que le siga a todas partes. Puede pedir más agentes que le ayuden, pero no despliegue grandes efectivos, que pudieran hacerles entrar en sospechas de que los vigilamos. Y que no actúen, a no ser que las circunstancias sean extremas.

Rayet se levantó y dijo:

—Así lo haré, señor. ¿Qué piensa de todo esto?

Silvayr se encogió de hombros.

—No lo sé todavía. Pero quizá fortuitamente, Villagran nos esté llevando a un caso interesante.

—Quizás abandone, pensando en las pruebas.

El Legislador sonrió.

—No lo hará. He leído detenidamente su historial. Su forma de ser le impedirá dejar de investigar. Si Golden, como ha dicho Krones, ofreció una gran cantidad de dinero a Villagran por algo que una persona le entregó en el puerto estelar, ha conseguido levantar la curiosidad de éste, y no abandonará.

—Corremos el riesgo de perder de vista al teniente —suspiró Rayet—. Puede ocurrir que nada sepamos de él hasta el día de su prueba. ¿Qué pasará si se presenta?

—Existen cientos de variantes en los hechos futuros, Rayet. De todos ellos, y en los que he pensado, el que más me gustaría que se convirtiese en realidad es el que me obligase a decirle yo mismo a Villagran que las pruebas no son precisas.

Rayet miró a su jefe, enormemente sorprendido. No preguntó nada porque sabía que no iba a obtener respuesta.

—Iré a mi despacho para dar instrucciones a Krones —dijo.

\* \* \*

Adán abrió los ojos y se dio cuenta de que estaba tendido en el suelo. Entonces descubrió unas botas altas y brillantes cerca de su cara. Le dolía terriblemente la cabeza, y tuvo que hacer un gran

esfuerzo para incorporarse. Sintió entonces unas manos que le ayudaban a sentarse en un sillón, frente al que ocupaba Arnold Golden.

—¿Tropezó, mi querido amigo? —preguntó suavemente Arnold.

Adán se llevó la mano a la nuca, en donde se centralizaba el dolor. Recordó a Rose, su infantil rostro enfurecido, mirándole con desprecio. La niña no se había molestado en asegurarse de que lo que él dijo a Golden era mentira. No quiso escrutar su mente. Se limitó a pensar que lo que había dicho por el visófono era la real expresión de sus deseos, y le atacó. Pudo haberle matado. Una mente tan poderosa, gobernada por una inteligencia sin desarrollar, era una mortífera arma. Pero Rose carecía de sentimientos sanguinarios, y sólo le privó del sentido.

—¿Dónde está el bolso, Villagran? Lo hemos buscado por todas partes.

—Se lo llevó —dijo. Pensó que Golden aún podía creer que estaba de su parte, y no vio inconveniente en decir—: La niña vino y se lo llevó.

Las cejas de Golden se contrajeron.

—¿Estuvo aquí la niña? —al asentir Adán, añadió—: Es sorprendente. Entonces fue Rose quien le dejó inconsciente, ¿no?

—Sí, desde luego. De pronto, la vi frente a mí, enfadada. Yo le dije que no tenía el bolso, y entonces ella... Bueno, pareció estrujarse el cerebro y... no recuerdo más.

Dos hombres acompañaban a Golden. Uno de ellos era el que abordó a Adán a la salida del puerto estelar. Dijo:

—Mientras esa niña ande suelta por ahí, jefe, será difícil atrapar a Flavia. Debemos eliminarla.

Golden demandó silencio. Miraba a Adán desconfiadamente.

—Calla, idiota —dijo—. Olvidas que tenemos delante a nuestro amigo.

—Es cierto. Ya no nos sirve. Y sabe demasiado.

—Tú vendrás conmigo, Corgo. Emlop se encargará de él —sonrió Golden, levantándose.

—¿Cómo lo hago, jefe? —preguntó ahora el llamado Emlop.

—Como lo prefieras. Te aconsejo que lo montes en el coche y lo lances sobre la bahía. Cuando esté en el agua, le arrojas una descarga que haga hervir unos metros de agua en donde caiga.

Adán empezó a temer que su buena suerte estaba acabándose, y dijo rápidamente, cuando ya Golden, seguido de Corgo iba hacia la puerta:

—Comete un error si me liquida, Golden. Aún necesita de mí.

—¿Por qué iba a serme útil?

—Flavia me dijo en el puerto que vivía en el aerotel Nébula, que allí era donde debía dejar que Rose la encontrase.

Golden entornó los ojos.

—Es posible que digas la verdad, pero también puede ser que sólo trates de ganar tiempo. ¿Acaso sabes, de verdad, dónde está Flavia, y me das una dirección falsa?

—Compruébelo —dijo serenamente Adán—. Si es cierto que allí vive Flavia, deseo que me dé los diez mil créditos prometidos.

—Está mintiendo, jefe. Ya sabemos que este tipo conoció a la niña y la muchacha fortuitamente. Nada sabe del asunto a fondo. ¿Por qué le iba a decir Flavia, en tan poco tiempo, dónde vive?

—Nadie puede predecir las reacciones de una paranormal que se encuentre en el estado que está Flavia. Podemos probar. No tenemos, por el momento, otra pista.

—Quiero mi dinero y largarme de una vez —pidió Adán.

—¿Supones que soy tonto? Te pagaré cuando esté seguro de que no has mentido. Emlop se quedará contigo para vigilarte. Si has querido engañarme, le diré que cumpla mi orden de liquidarte.

Resignadamente, Adán dijo:

—Tendré que confiar en usted. Pero temo que luego, cuando tenga a Flavia en su poder, me quiera liquidar para ahorrarse el dinero.

Golden, rió divertido.

—Es posible que no te pague, pero sí que te deje ir.

Los dos hombres salieron de la habitación. Emlop gruñó algunas maldiciones, y se sentó delante de Adán. Después de sacar una pistola, advirtió:

—Ahora quietecito, amigo. El jefe estará de vuelta en menos de una hora, o me dirá por visófono que te mate.

—Creo que estás deseando esto último —dijo Adán, molesto.

Emlop soltó una carcajada.

—Seguro. La policía de la Tierra se envanece de su eficacia, pero yo he matado ya a más de una docena, y aún se están preguntando

quién lo hizo.

—Debes ser un artista, amigo Emlop —sonrió amargamente Adán.

—Sí, lo soy. El jefe sabe que puede confiar en mí. El último tipo que liquidé fue en la Luna. Aunque allí la policía no es tan eficiente como en la Tierra, es más difícil ocultar un cadáver. ¿Quieres saber lo que hice?

—No me interesa lo más mínimo. ¿Puedo beber un trago? Quizá sea el último.

—De acuerdo. Sírreme a mí otro.

Adán se levantó y se dirigió a la mesa donde estaban las botellas. De reojo comprobó que Emlop, pese a tener la apariencia de un retrasado mental, no era tan tonto como para dejar de vigilar por un segundo sus movimientos. Regresó con los vasos, y entregó uno al esbirro.

Mientras lo tomaba, Emlop dijo:

—Te estás devanando los sesos buscando la forma de escapar de aquí, ¿eh? —Mostró una expresión torva y añadió—: Raramente me equivoco. Conozco a los tipos que se encuentran en una situación como la tuya. Eso quiere decir que pronto volverá el jefe más furioso que nunca.

Adán se sentó y bebió, aparentando una tranquilidad que no sentía. Emlop se mantenía a distancia, y su pistola nunca dejaba de apuntarle.

Pasaron los minutos. Adán se preguntaba cuánto tardarían Arnold y Corgo en regresar. Sólo había conseguido ganar algún tiempo. La próxima vez, Arnold no creería en sus mentiras. Recordó las palabras de Rose, cuando le dijo que sus enemigos poseían medios para averiguar la verdad de las personas sin dañarlas. Quizá Golden utilizase contra él aquel medio antes de matarle, para asegurarse de que verdaderamente nada sabía de la niña o la mujer.

El avisador de la puerta sonó.

Emlop acentuó su mueca tenebrosa, anunciando la próxima muerte de Adán y dijo:

—Será el jefe. ¿Apuestas, amigo? Doy triple contra sencillo a que me dice que te lleve a la bahía. Ve y abre, pero te retiras enseguida de la puerta. Recuerda que te estoy apuntando.

Adán se levantó lentamente y se dirigió a la puerta, dudó unos

segundos antes de levantar el cierre interior manual. Apretó los labios y, de un gesto violento, tiró de la puerta.

Su sorpresa no fue inferior a la de Emlop cuando vio al otro lado, en el pasillo, la figura frágil de Rose. En el rostro de la niña había un poco de arrepentimiento. Miró a Adán, como pidiéndole disculpas.

Emlop saltó de su asiento. Adelantó su mano armada, apuntando hacia la niña. Adán gritó. Entonces Rose desvió su mirada hacia Emlop. Su gesto amistoso cambió súbitamente, haciéndose grave.

Adán tragó saliva porque aún no sabía hacia quién de los dos iba dirigido el ataque fulminante de Rose.

\* \* \*

Arnold Golden entró en el vestíbulo del hotel, rojo de ira. Le seguían Corgo y tres hombres más.

—Ya me parecía que ese Adán estaba tratando de ganar tiempo, jefe —comentó Corgo.

—Yo también lo sospechaba, pero no había tiempo de someterlo al proceso para que dijese la verdad —masculló Golden—. Era más rápido ir al aerotel. De todas formas, ha ganado poco: apenas media hora de vida. Se arrepentirá con creces.

Arnold tenía motivos sobrados, según su criterio, de estar furioso. Apenas le quedaba tiempo en su permiso de permanencia en la Tierra, y no terminaba de solucionar el asunto que traía entre manos. Su presa, Flavia, pese a estar en inferioridad mental a su estado normal, seguía libre. Y ahora tenía, al parecer, la ayuda de la niña.

La presencia de Rose en la Tierra, por una parte, debía satisfacerle. Aquello quería decir que Flavia era importante, tanto como para mover a la comunidad de Khrisdal a prescindir de su miembro más poderoso para intentar rescatarla. Rose debía de ser la persona de mayor capacitación de todos ellos, la única con poder suficiente como para iniciar el retorno, llevándose a Flavia.

Pero Arnold conocía el medio de inutilizar a un paranormal. Ya lo había hecho con Flavia, y la prueba estaba presente. La muchacha estaba apresada en la Tierra, incapacitada para regresar.

Rose era por naturaleza más poderosa que Flavia, y tal vez en ella el arma de Golden no hiciese efecto. Eso estaba por probar, ya que debía tener presente que la niña aún no tenía desarrolladas plenamente sus facultades. Al pensar en el poder de la niña, Golden no pudo reprimir un escalofrío. Rose era el ejemplo de una evolución constante, del progreso de aquella reducida comunidad oculta. Cuando la niña fuese adulta, otros niños de su edad también estarían en condiciones de oponer tal resistencia, que nada ni nadie lograría adueñarse de aquellos seres paranormales.

Pero a Golden le bastaban los adultos que actualmente vivían, tales como Flavia. A ellos sí podría manejarlos.

El grupo encabezado por Golden se acercó hasta los ascensores cuando Corgo tocó el hombro de su jefe, llamaba su atención hacia el fondo del vestíbulo.

Golden se volvió y vio, en medio de la multitud, a Flavia.

La muchacha caminaba lentamente entre las personas, como si se encontrase perdida o buscase a alguien. Parecía buscar una débil pista.

—¿Qué estará haciendo aquí? —murmuró Golden. Enseguida agregó—: Tal vez busque a Adán. Si fuese así, nos equivocamos al pensar que ese tipo nada tenía que ver con ella.

Arnold entregó a uno de sus hombres un pequeño aparato metálico, que extrajo de su bolsillo, diciéndole:

—Debes acercarte a ella. Cuando la tengas a menos de medio metro, acciona el botón rojo. Flavia recibirá en su mente una descarga neutralizadora. Entonces la tomas del brazo y la llevas al coche.

—¿Yo solo tengo que hacerlo, jefe? —preguntó, un poco asustado, el hombre, mientras tomaba el pequeño aparato.

—Así no despertarás sospechas. No temas. Ella no podrá hacerte daño. La descarga a corta distancia la terminará de someter.

—¿Qué hago con ella?

—Llévala al puerto del espacio, y espéranos en la nave. Nosotros terminaremos con Villagran, y enseguida nos reuniremos contigo.

Golden permaneció en el vestíbulo el tiempo necesario para ver que el hombre obedecía al pie de la letra sus órdenes. Flavia sólo se dio cuenta de la proximidad de su enemigo cuando éste ya estaba a menos de medio metro. Apenas intentó resistir, dejándose conducir

al exterior.

—Ya está —dijo Golden, satisfecho—. Ahora liquidaremos al otro, y regresaremos a la Luna.

—¿Y la niña? —preguntó Corgo, mientras entraban en el ascensor.

—Rose seguirá esperando que Flavia la encuentre. Seguirá recorriendo la ciudad. Cuando se canse, volverá a Khrisdal. No nos preocupemos por ella.

## 6

Adán se acercó hasta el caído Emlop: el hombre parecía un muñeco, tendido en el suelo y desmadejado. Lentamente se volvió hacia Rose, preguntando:

—¿Está muerto?

—¿Muerto? —repitió la niña, incrédula—. Aunque ese hombre es malo, no levanta en mí la suficiente repulsión como para matarle. Oh, Adán, ¿cómo piensas que soy capaz de matar?

Él abatió la cabeza.

—Perdona —dijo—. ¿Por qué has vuelto?

La niña le volvió la espalda.

—Me llevé al otro lado de la ciudad tu onda mental. Desde allí sabía lo que te pasaba, comprendí que no debía hacer caso a tus palabras. Estabas en peligro, y decidí ayudarte.

—¿Te fuiste al otro extremo de la ciudad?

Adán sabía que aquello suponía una distancia mayor de treinta kilómetros. Pero de una paranormal como Rose podía esperarse todo, incluso una teleportación tan enorme.

—Ahora debemos irnos —dijo la niña—; recuerda que Golden y sus hombres pueden regresar de un momento a otro.

—Sí, es cierto —dijo Adán, aturdido. Miró su maleta y se dijo que llevándola sólo le serviría de estorbo. Mientras se dirigía hacia la puerta, dijo—: No podemos continuar así, Rose. Golden y los suyos buscan a Flavia, a ti y a mí. Debemos conseguir ayuda.

Los ojos de Rose se abrieron desmesuradamente.

—No, no podemos avisar a la policía.

Adán intentó desesperadamente no pensar en el Orden Estelar. La niña podía leer sus pensamientos, y saber que él pertenecía a la organización.

—Entonces, no sé cómo arreglar este asunto.

—Necesito un lugar tranquilo donde esperar a Flavia. Sé que ella

está tras mi rastro.

—Estuviste tres días en el astropuerto...

—Tuve que marcharme cuando ella estaba a punto de reunirse conmigo porque los hombres de Golden se hallaban cerca. Flavia ya ha reconocido mi rastro, y sólo tenemos que darle tiempo.

Adán asintió.

—Está bien. Buscaremos otro hotel, y nos quedaremos allí.

Adán recordó que debía presentarse a las pruebas al cabo de dos días... unas treinta horas.

—Será suficiente —asintió la niña.

Salieron al pasillo y anduvieron hasta los ascensores. Llevaba de la mano a la niña, y sintió que ella se la oprimía.

—¿Qué te ocurre?

—Aún no sé... Presiento peligro. ¡Vienen por el ascensor!

Adán no se detuvo a preguntar nada más. La niña le había dado pruebas suficientes de su clarividencia. Echaron a correr en dirección contraria. Antes de que alcanzaran el recodo del pasillo, Golden y sus hombres salieron del ascensor, descubrieron a los fugitivos y empezaron a sacar sus armas. Tres descargas energéticas se estrellaron contra el suelo, un segundo después de que el hombre y la niña se pusieran a resguardo.

Adán miró desesperado. Frente a ellos tenían un largo corredor, flanqueado por docenas de puertas cerradas. No podría abrir ninguna de ellas, además de que aquello supondría un suicidio porque se encontrarían encerrados y a merced de sus enemigos. Si seguían corriendo se hallarían al alcance de las armas de Golden y los suyos, antes de llegar al próximo recodo.

Afortunadamente para ellos, Golden ignoraba si Adán estaba armado o no con la pistola de Emlop y, junto con los demás, se acercaba lentamente. Aquella actitud llena de precaución dio tiempo a Adán a descubrir una puerta que conducía a las escaleras de emergencia.

Subieron por ellas tan rápidamente como pudieron. En el terrado podrían encontrar un vehículo robot, y escapar del edificio. Adán alzó la mirada por el hueco de escaleras y se desalentó al comprobar que aún tenían que subir cinco pisos. Si Golden descubría pronto por dónde habían huido, difícilmente alcanzarían el terrado.

Corgo saltó hacia el pasillo donde aún suponían que estaban Adán y la niña. Se quedó paralizado, asombrado de no ver a los perseguidos. Golden se reunió con él, y señaló rápidamente la entreabierta puerta que conducía a las escaleras, diciendo:

—Se fueron por allí, estúpido.

Iba a ordenar a uno de sus hombres que tomase el ascensor y bajase para cortar la huida del hombre y la niña, cuando el ruido que ellos producían al subir, le hizo comprender que pretendían escapar por el terrado.

Esbozando una sonrisa de triunfo, Golden indicó a Corgo y al otro hombre que le siguiesen.

—Disparad tan pronto les veáis —ordenó.

Pero Adán y la niña ascendían pegados a la pared, alejándose de la baranda. Él empezaba a concebir ciertas esperanzas de poder alcanzar el terrado con el tiempo suficiente para localizar un vehículo de alquiler desocupado. Una idea acudió, presta, a su mente. Jadeante, ayudando a la niña, preguntó:

—¿No podrías desembarazarte de esos tipos como antes hiciste con Emlop?

Ella movió negativamente la cabeza.

—Oh, no. Golden posee un perturbador mental. No me hace demasiado daño, pero impide que me concentre en él o sus hombres.

—No sabía que existiera aparato alguno capaz de fastidiar a un paranormal —repuso Adán, cogiendo a la niña por los sobacos para correr más aprisa—. De todas formas, Rose, me gustaría que hicieras algo para ayudarnos.

—Yo podría marcharme lejos, pero no quiero dejarte solo —dijo, muy seria, la niña.

Adán estuvo a punto de soltar una maldición, pero pensó que no había tiempo para ello. Ya corrían por el amplio terrado, y descubrió un vehículo de alquiler vacío al fondo, entre otros muchos.

Entraron en el coche como una exhalación. Adán gritó al conductor-robot que se pusiese en marcha. La voz metálica, imperturbable, dijo tercamente:

—Dirección, por favor.

A través del cristal de la carlinga, Adán vio aparecer por la

escalera al llamado Corgo, seguido de Golden y el otro hombre. Cerrando los ojos, y tratando de aparentar serenidad, dijo a la máquina:

—Al puerto del espacio.

No se le ocurrió otra dirección. Al menos, aquello les serviría para alejarse de allí. Luego, durante el viaje, podría pensar tranquilamente adonde podían dirigirse definitivamente.

En el mismo instante en el que el coche se elevaba, los forajidos dispararon. Tres vehículos aparcados recibieron las descargas, y se fundieron como cera derretida.

El edificio del hotel Casiopea se alejó de ellos vertiginosamente. Cuando el coche alcanzó las rutas de marcha, Adán deseó fervientemente que los disparos efectuados por sus enemigos atrajesen a la policía. Pero algo le decía que no iban a tener tanta suerte.

Golden y sus hombres aún podían tener tiempo de huir, abordar sus propios vehículos y alejarse del hotel, antes de que la policía llegase, con su natural tardanza. Al menos, podían sentirse tranquilos porque, después de unos minutos de mirar hacia atrás, Adán estuvo seguro de que no eran seguidos.

Empezaba a sentirse cansado. Estaba oscureciendo, y no había probado bocado desde que llegó aquella mañana a la Tierra. Se volvió hacia la niña y dijo:

—El robot nos podrá decir de otro hotel donde dormir esta noche y esperar hasta mañana a que Flavia nos encuentre...

Se calló porque el pesar que embargaba el rostro de la niña se había acentuado. Entonces Rose movió sus labios:

—La han cogido, Adán, la han cogido.

—¿Qué quieres decir?

Ella le miró con acentuada desorbitación, añadiendo:

—Golden tiene a Flavia. La capturaron en el mismo hotel, en el vestíbulo, cuando llegó porque sabía que yo estaba allí...

Adán no supo qué decir. Luego, al cabo de un rato, ante el silencio de la niña, se atrevió a preguntar:

—¿Has podido averiguar dónde la han llevado? No puede estar con Golden. Al menos, todavía no.

Rose respiró hondamente.

—Flavia consiguió enviarme un mensaje, que nunca creí fuese

capaz de emitir en el estado en que se encuentra. Pudo conseguirlo, antes de perder el sentido.

—¿Entonces?

—No, no sé dónde está ella.

Estaban saliendo de la ciudad, dirigiéndose hacia el puerto estelar. Adán aún no se había decidido a preguntar al robot por un hotel donde pasar la noche. No sabía qué hacer. Aquel asunto se precipitaba cada vez más en un oscuro abismo.

\* \* \*

—Así que Villagran y la niña que le acompañaba se esfumaron, ¿no?

La pregunta del Legislador Silvayr al mayor inspector Rayet fue formulada en un tono altamente agrio, lleno de descontento. George tragó saliva y respondió:

—Así es. Burló la vigilancia del agente Krones cuando éste aún no había recibido la ayuda precisa, señor. Villagran y la niña escaparon de Golden y sus asesinos por el terrado.

—¿Y Golden?

Rayet tardó un buen rato en responder:

—También, señor. Krones acudió al terrado, y, en ese tiempo, Golden y su pandilla bajaron y se alejaron del hotel por las vías subterráneas.

Silvayr golpeó con su puño derecho la mesa. Estaba verdaderamente irritado. Poco antes, había vuelto a establecer comunicación con su colega en Asia, Let Bernet, y le había asegurado que todo el asunto estaba controlado. Si ahora tuviera que volver a notificarle, tendría que decirle todo lo contrario.

—La cuestión es saber con certeza por qué persigue Golden a Villagran, y quiénes son la niña y la muchacha que se encuentran involucradas en el asunto. Hasta el momento, sólo sabemos que las actividades de Golden en Ciudad Alegre se limitan al juego, las drogas y otros placeres. Villagran acaba de regresar del espacio, y nunca conoció a Golden. ¿Quiénes son, pues, la mujer y la niña? Golden parece tener verdadero interés en ellas. Me pregunto si en las dos, o en alguna en especial.

Rayet no vaciló en emitir su opinión:

—Golden pudo haber seguido al vehículo de Villagran. No lo hizo. Me pregunto qué le hizo desistir en su persecución.

—Buen pensamiento. Podemos pensar que no se trata de la niña, entonces, a quien tratan de atrapar, sino a la muchacha.

—Es posible, señor. Ahora debemos averiguar dónde están Golden y Villagran con la niña, si es que ésta aún continúa con él.

Por unos minutos, el Legislador permaneció en silencio. Como impelido por un impulso, se levantó, y dijo:

—Golden debe haber comprendido que su situación en la Tierra, después de los incidentes ocurridos en el hotel, es peligrosa. Quizá decida regresar de inmediato a la Luna, para estar tranquilo en su garito de Ciudad Alegre. Por lo tanto, debemos vigilar el astropuerto.

—Aún tenemos una pequeña posibilidad de localizar a Villagran y la pequeña antes que termine el día, señor.

—¿Cómo? La policía no lo podrá localizar en una ciudad de cincuenta millones de habitantes hasta pasado mañana. Para entonces, él ya se habrá presentado a las pruebas o...

No terminó la frase el Legislador. Pensaba que tal vez los hombres de Golden le encontrasen antes y le liquidasen. Aquello le desagradaba enormemente. Adán Villagran era un Reserva que no había que desaprovechar, aunque su inesperada presencia en la Tierra no fuera del total agrado de sus jefes.

—Krones pudo averiguar a qué compañía pertenece el coche que usa Villagran. Si utilizamos la primacía, podemos intervenir a control remoto en los robots —dijo Rayet.

El rostro del Legislador se iluminó de la esperanza. Dijo:

—Es cierto. Ocúpese usted personalmente de eso, Rayet. Pida la colaboración de Seguridad. Si es preciso, use alta prioridad en lugar de nuestra primacía. A veces, los directores de las compañías se muestran remisos a que intervengamos en su trabajo.

Antes de salir a cumplimentar las órdenes, el Legislador advirtió a Rayet:

—Si consigue traer a Villagran hasta aquí, haga que los de Seguridad le detengan por cuarenta y ocho horas.

Aquello sorprendió a Rayet.

—Es un oficial del Orden, señor...

—Que lo primero que hagan sea intervenirle la documentación.

—¿Qué cargos presentamos?

Después de un instante de silencio, Silvayr respondió:

—Los que a usted se le ocurran, amigo. Luego, si es preciso, daremos al teniente toda clase de excusas.

## 7

—Debes intentar ponerte en contacto con Flavia de nuevo, Rose. ¿No recuerdas ningún detalle que pueda darnos una pista para saber dónde la tienen?

La niña cerró los ojos fuertemente. Adán la dejó tranquila mientras observaba el denso tráfico aéreo que marchaba hacia el puerto del espacio, que ya brillaba con intensidad en la noche, a poco más de veinte kilómetros de ellos.

—Está cerca, está cerca —dijo, alterada, Rose.

—¿Cerca de nosotros?

—Espera, espera —musitó la niña, cerrando sus manitas, como si realizara un gran esfuerzo para concentrarse—. Flavia está caminando entre dos hombres que la llevan cogida de los brazos... Van hacia una reluciente nave...

—¿Flavia te emite eso, Rose?

—No. Puedo visualizar lo que Flavia ve inconscientemente. Ella está dominada por una especie de... neutralizador mental. Está bajo el poder de esos hombres, no piensa. Recojo sus visiones con dificultad.

Adán aguantó la respiración. No quería perturbar el trabajo de la niña.

—La están metiendo en esa nave —dijo la niña—. Es pequeña, plateada y tiene en su fuselaje escrito...

CLL-5647

Instantes después, cuando el vehículo estaba apenas a cinco minutos del aparcamiento del puerto, Rose añadió, casi en un sollozo:

—Ya no veo nada. Se han llevado a Flavia muy lejos.

Adán arrugó el ceño. Aquello sólo podía significar que la nave adonde habían introducido a Flavia había partido. Pero ¿hacia

dónde? Cada minuto partían cientos de naves de todos los tamaños del puerto. Algunas iban a los planetas y asteroides del sistema solar, pero la inmensa mayoría partía hacia las estrellas.

En aquel momento, Adán notó que el robot que conducía el vehículo había encendido su visor interior. Parecía estar inspeccionándoles. Un presentimiento hizo que Adán saltase hacia el tablero de mandos y rompiese el visor de un puñetazo.

Luego, se repantigó en el asiento, pensando que tal vez la policía había dado órdenes a los robots de los coches de alquiler de inspeccionar a sus pasajeros. Quizá ya tenían su descripción, y querían aclarar los sucesos acaecidos en el hotel.

Ahora menos que nunca le interesaba que la policía se metiese en aquel asunto. Podía traerle problemas, si no se conformaban con una explicación simple, y terminarían averiguando que él era un oficial de Orden. Un jaleo podía echar por tierra sus próximas pruebas.

El mecanismo de conducción del robot era independiente al que recibió la orden exterior para que identificase a los pasajeros. Con suavidad el coche descendió, y Adán depositó las monedas rápidamente para salir de allí enseguida.

Llevaba de la mano a la niña hacia el interior de los edificios, elucubrando si el visor del coche habría tenido tiempo de enviar sus imágenes a la policía. Si así había ocurrido, no podría permanecer mucho tiempo allí. Pronto le estarían buscando. Pero había decidido realizar una investigación, y confiaba en que ésta no le llevaría mucho tiempo.

Se dirigió directamente a las oficinas de información. Allí no había frías máquinas, sino agraciadas muchachas para atender a los pasajeros, aunque se sirviesen de archivos electrónicos cuando la pregunta era demasiado completa.

Una juvenil rubia se dirigió al encuentro de Adán, tan pronto como éste se aproximó al mostrador.

—Deseo información del navío matrícula CLL-5647 que acaba de partir. ¿Quién es su dueño?

La muchacha le sonrió con excesiva amabilidad. Adán la vio cómo tecleaba en una máquina, y luego le seguía sonriendo, mientras del aparato surgía una cinta perforada.

—¿Se ha ido alguna persona importante en esa nave? —

preguntó, coqueta, la muchacha.

—Sí, mi compañera —repuso Adán, siguiendo la broma.

—Déjela marchar. No debe merecer la pena. Yo termino dentro de media hora.

Por toda respuesta, Adán cogió a Rose y la colocó encima del mostrador, diciendo, como si le doliera mucho tenerlo que confesar:

—Es que me ha dejado esto, y no tengo experiencia en cuidar niños. Si usted fuese tan amable...

La muchacha abandonó su amable sonrisa, y tomó la cinta de un tirón.

—Olvídelo, amigo. Siga toda la noche con su hijita. La nave donde su compañera se ha largado pertenece a un tal Hemigh Glenn. Debe de ser un gran tipo, cuando le abandona a usted.

—Cuestión de caprichos, nena. —Adán pensaba que aquel nombre no le decía nada. Había esperado que la nave estuviese a nombre de Arnold Golden—. ¿No te has equivocado al leer la matrícula, Rose?

—No. Era CLL-5647 —replicó la niña firmemente.

—Su destino es la Luna —la sonrisa de la muchacha se acentuó, al agregar, hiriente—: Concretamente, Ciudad Alegre. Amigo, ella piensa pasarlo en grande.

Adán lo vio ahora todo claro. Golden no había utilizado su nave particular, sino otra que figuraba como propiedad de alguno de sus empleados. Era lógico que marchase a Ciudad Alegre. La Luna escapaba del dominio de las autoridades terrestres. Ocurría así desde los tiempos de la Primera Era, cuando algún podrido emperador otorgó grandes privilegios a uno de sus favoritos. Con el transcurso de los años, las cosas siguieron así. Nadie se acordó de derogar las leyes, y el Orden se encontró con aquel estado privilegiado que gozaba el satélite. Para no aparecer como dictador, respetó las viejas costumbres.

El puñado de hampones que pululaban en la Luna procuraba no extralimitarse porque sabía que el Orden sólo estaba esperando una oportunidad para obligar a la policía a marcharse de allí, y ocuparla militarmente. Lo inmediato, entonces, sería dismantelar los garitos, *cabaret* y demás antros que proporcionaban felicidad artificial.

—¿Cuándo sale un transporte para Ciudad Alegre? —preguntó Adán a la muchacha.

Ella torció el gesto.

—Mejor no vaya. Ocúpese de la niña. Allí nada conseguirá, sino que le rompan las narices. ¿Nunca estuvo usted allí?

Adán se sonrió. Había viajado a miles de años luz, pero nunca estuvo en la Luna. Sólo conocía Ciudad Alegre por referencias.

—No se preocupe por mí, preciosa, y dígame cómo puedo ir allí inmediatamente.

—Está bien —respondió la muchacha, suspirando—. Cada hora parte un transporte desde la pista de vuelos planetarios número 876. El próximo saldrá dentro de veinte minutos. Si se da prisa, puede abordarlo.

—Gracias —replicó Adán, volviendo a tomar a Rose de la mano y alejándose del mostrador, seguido de la mirada de la muchacha.

\* \* \*

Después de informarse en los carteles luminosos de la dirección que debía tomar para ir a la pista 876, Adán echó un vistazo al exterior, a través de las paredes de cristal. Se fijó que el vehículo que les había llevado al puerto estelar aún estaba detenido en el aparcadero. Muchos uniformes lo rodeaban, mientras que algunos aparatos lo sobrevolaban. Eran policías, aunque algunos vestían de civil.

Adán vio cómo uno de ellos impartía órdenes y un grupo de agentes uniformados corrían hacia el interior del edificio.

—Corre, Adán, corre —le gritó Rose.

Adán miró a la niña. Ella parecía comprender que estaban en inminente peligro, y quería alejarse de allí. Pero... ¿adónde podían ir? Los policías ya estaban precisamente en el camino que debían tomar para dirigirse a la pista 876.

Mientras casi materialmente corrían por los amplios y concurridos corredores, Adán pensaba que no merecía la pena huir de las autoridades civiles terrestres. Podía explicarlo todo. ¿Todo? ¿Acaso podía explicar por qué estaba Rose con él? La niña no tenía siquiera entrada legal en la Tierra, e incluso podía desaparecer delante de sus nances cuando se lo propusiera.

Podía decirle a Rose que se marchase a otro lugar, y que le

dejase solo para explicar alguna tontería creíble a la policía. Por su condición de oficial del Orden, esperaba, no iban a molestarle demasiado.

Él tiraba de la mano de la niña y, de pronto, notó que ésta se detenía. Habían llamado la atención de Rose unos anuncios en relieve y con movimiento de Ciudad Alegre.

—Ahí está Flavia —dijo Rose.

—Sí, es posible. Pero no podemos quedarnos aquí. Vamos.

Adán notó que la niña le apretaba con fuerza la mano, mientras decía:

—Vamos con ella, Adán.

—¿Con quién? ¿Con Flavia? —Adán sonrió con tristeza—. No podemos. La policía nos impide llegar hasta las naves lunares.

Ella se volvió para sonreírle e infundirle ánimos.

—Apenas es un corto salto. Tú puedes venir conmigo.

Adán sintió un nudo en la garganta. Lo que Rose insinuaba era que él se teleportase con ella a la Luna. Un salto instantáneo, como algunos paranormales podían hacerlo en distancias de algunas docenas de kilómetros, en el tiempo que se tarda en parpadear. La diferencia era que Rose proponía viajar con su fuerza mental a más de cuatrocientos mil kilómetros, franqueando un enorme espacio vacío.

Tal vez ella lo pudiese hacer con sencillez. La cuestión era: ¿podría conducirlo a la Luna? ¿No podía suceder que las fuerzas de la niña fallasen, y le dejasen materializar a medio camino? Entonces, Adán se encontraría en pleno vacío, en donde apenas tendría un segundo para darse cuenta de que iba a morir.

—Tal vez sea un corto salto para ti, Rose, pero... —dijo Adán lúgubrementemente—. Es posible que hayas venido de este modo a la Tierra desde tu mundo, de Khrisdal, pero recuerda que yo no soy como tú. ¿No es cierto que estás aquí para llevarte a casa a Flavia?

—Sí. Flavia no se hubiera negado a venir conmigo. Yo la habría ayudado a volver a casa.

—Eso es, la habrías ayudado. Ella también es paranormal como tú. Yo, en cambio, no. ¿Ves la diferencia?

—Pero la Luna está miles de veces más cerca que Khrisdal. Oh, Adán, ¿es que no confías en mí?

—Dime, al menos, qué tengo que hacer para no ofrecerte

resistencia.

—Olvídate de todo. Relájat. Debes estar relajado. Piensa en cosas bonitas.

Adán se dijo que estaba loco, creyendo a una niña. Pero al mirar al fondo del pasillo y ver aparecer por el recodo a varios policías, no dudó en decir:

—Está bien. Haz lo que quieras —y empezó a pensar en el Hermes, en sus compañeros. Y, sobre todo, en Alice Cooper.

Aunque no sabía si iba a ayudar para algo, cerró los ojos.

Los policías que avanzaban por el pasillo ya les habían visto, y entraron inmediatamente en sospechas de que aquel hombre y la niña eran los que buscaban. Se ajustaban a la descripción.

Pero cuando los tenían a unos treinta metros, se quedaron paralizados, asombrados, al verlos desaparecer.

Cuando Adán se decidió a abrir los ojos, y miró a su alrededor, comprendió que estaba en la Luna. Bajó la mirada, y se encontró con la de Rose, que le sonreía como diciéndole: ¿Ves, grandísimo miedoso, como no pasa nada?

\* \* \*

Si Georges Rayet había pensado que su jefe, el Legislador Ernst Silvayr, iba a montar en cólera al saber que el hombre y la misteriosa niña se habían esfumado ante las narices de dos policías, se equivocó completamente. Silvayr se limitó a esbozar una enigmática sonrisa al otro lado de la pantalla.

El mayor inspector había acudido al puerto estelar segundos después de que los agentes de Seguridad lo hicieran, una vez que el robot del vehículo pudo reparar sus averías y comunicar que había conducido a Adán y la niña allí.

Enseguida, dos pálidos agentes uniformados le contaron lo sucedido. Rayet estuvo a punto de insultarlos. Por fortuna, consideró que aquello no iba a proporcionarle nada positivo, y se contuvo. Trató de sacarles cuantos datos pudieran. Los hombres, aún aturridos, le dijeron cuanto sabían. Ahora, al relatar los pobres indicios al Legislador, se preguntaba si éste no iba a reírse de él.

—¿Dice que nuestro hombre y esa niña que últimamente le

estuvo acompañando estaban detenidos delante de unos anuncios de Ciudad Alegre, Rayet? —preguntó el Legislador, muy interesado, al parecer, en aquella circunstancia que Georges había estimado como inútil.

—Sí, señor; pero es sólo un dato orientativo del lugar donde estaban cuando...

—Calle, calle. Usted cree que no tiene importancia, ¿eh?

—La verdad es que no se la encuentro por ninguna parte, señor. ¿No considera que lo verdaderamente intranquilizador es que Villagran haya desaparecido del puerto estelar como si se tratase de un consumado paranormal? Sabemos perfectamente que no lo es...

—Pero nada sabemos de esa misteriosa niña que estaba con él —recordó el Legislador.

—No hemos podido averiguar de quién se trata.

—Seguro que no. No pueden existir registros de ella en la Tierra... ni en ningún planeta controlado por nosotros.

—No entiendo...

—Comprendo que todo esto le parezca confuso, inspector. Villagran llegó a la Tierra y, sin proponérselo, se ha visto metido en un asunto que tiene mucha más importancia de la que parece a primera vista. Golden no es un simple pendenciero que se aprovecha de los privilegios de la Luna para ganar dinero. Sus propósitos son otros muy distintos. La ambición de Golden escapa a nuestras suposiciones.

»Hasta ahora ha venido actuando como un vulgar dueño de garito. Falso. Todo eso es una tapadera para poder llevar a cabo proyectos más ambiciosos. Y lo peor es que parece haber logrado coronar con éxito parte de ellos.

—¿Y qué papel juega Villagran en todo esto?

—No tenía asignado ninguno en especial. Su intervención ha sido fortuita, repito. Pero gracias a él, nos hemos fijado en las maniobras de Golden. De no estar nosotros pendientes de Villagran, Golden estaría en condiciones de culminar con el mayor éxito sus planes. Dentro de unos años, estaría listo para producir al Orden unos enormes quebraderos de cabeza. Sería capaz, incluso, de poner en peligro la inestable paz galáctica.

Rayet miró a su jefe. Si no se tratase de un Legislador, de probada estabilidad mental, creería que el viejo chocheaba. Pero no

era así. Silvayr hablaba muy en serio, con el rostro verdaderamente preocupado mientras pronunciaba aquellas palabras que aún le parecían confusas.

Suspirando, Rayet preguntó:

—¿Cuáles son ahora sus instrucciones, señor?

El Legislador cerró los ojos, y Rayet aprovechó aquella circunstancia para mirar al otro lado de la cabina. Afuera le esperaban los agentes de Seguridad. Habían terminado de rastrear todas las dependencias del puerto estelar, sin haber logrado encontrar el menor rastro de Adán y la niña. Si ambos se habían teleportado, ahora debían estar a mucha distancia de ellos.

Al fin, el Legislador dijo:

—Mientras hablo con Let Bernet, usted ordene que un navío esté preparado. Debe ser oficial, con fuerte escolta.

Temiendo adivinar la verdad, Rayet preguntó:

—¿Quiere decir que usted piensa...?

Silvayr asintió sencillamente, diciendo:

—Así es. Iré a la Luna. Y usted me acompañará.

Cuando Rayet salía de la cabina, se preguntaba si, por primera vez en siglos, los privilegios de la Luna iban a ser vulnerados. Sólo estaba legislado que únicamente en caso de suprema emergencia podía la autoridad terrestre hacer valer sus derechos en Ciudad Alegre. Y Ernst Silvayr no solamente estaba apoyado por su condición de Legislador, sino por la Policía, Seguridad y el mismo Orden Estelar.

Pero si posteriormente Silvayr no justificaba aquella vulneración de derechos, podía despedirse de su alto cargo de Legislador. Rayet no sabía cómo, pero estaba completamente seguro de que el viejo disponía de motivos sobrados para obrar como lo estaba haciendo.

## 8

La fotografía en relieve que pocos segundos antes habían tenido delante se había transformado en hechos reales.

Estaban delante de las fuentes musicales que decoraban la entrada de la avenida de los grandes casinos de juego de Ciudad Alegre, en la Luna. Sobre ellos, la transparente cúpula les permitía ver la Tierra, suspendida en el firmamento azabache, azul y serena.

No había mucha gente en aquel lugar. Solamente un borracho les vio aparecer de súbito, y el pobre hombre pensó que había ingerido mayor cantidad de alcohol que otras veces. Para quitarse el susto, marchó corriendo hacia el bar más próximo.

Adán quiso sobreponerse al sobresalto sufrido. Cuando consiguió controlar el temblor de sus piernas, se atrevió a volver a mirar a la niña, que parecía impacientarse.

—Vamos, tenemos que buscar a Flavia —le dijo la chiquilla, tirándole del brazo.

El hombre se dejó llevar, al tiempo que intentaba hacerse a la idea de que acababan de cruzar, en una fracción de segundo, cerca de cuatrocientos mil kilómetros de vacío.

Penetraron en la avenida de los grandes casinos. Allí las luces centelleaban, cegadoras, intentando atraer a los posibles clientes al interior. Otros locales no eran dedicados solamente al juego en sus mil versiones, sino que mostraban obscenos reclamos, ofreciendo hembras o varones procedentes de cien mundos distintos, en donde la práctica del amor era variada e insospechadamente lujuriente. También cualquier clase de droga podía ser consumida en aquella sorprendente Ciudad Alegre, desde las desorbitadamente caras, que no creaban hábito, hasta las más económicas, con su inexorable secuela de adictos perennes.

Adán se sintió un poco cohibido de llevar de la mano a una niña mientras caminaban por las lujosas aceras de la avenida. Si al

principio temió que quienes se cruzasen con ellos le iban a echar en cara su infantil compañía, pronto comprendió que estaba equivocado. Si alguien les miró, debió pensar inmediatamente que aquel tipo estaba un poco pervertido y nada más.

Pese a la suposición que podía hacerse cualquiera acerca de Ciudad Alegre, sin conocerla previamente, de que en ella iba a encontrarse con un estado de total anarquía, al no poder la policía terrestre inmiscuirse en sus asuntos, inmediatamente tuvo que rectificar. Los hampones se respetaban mutuamente, e incluso pagaban a un grupo armado para librarles de los alborotadores, de los que intentaban crear disturbios si pensaban que las máquinas de juego estaban trucadas o la droga facilitada no era tan pura como anunciaban.

Pese a su mala fama, Ciudad Alegre recibía gente de todas partes de la galaxia. Si uno perdía en el juego, y se limitaba a callar y marcharse, nada tenía que temer. Por el contrario, si protestaba, lo más probable era que su cadáver nunca apareciera. Los dueños de garitos disponían de medios suficientes para hacer desaparecer hasta los huesos.

Se detuvieron delante de una lujosa entrada. Era una casa de juego, de cuyo interior salía una música alegre y centenares de carcajadas. Adán sabía que Arnold Golden era dueño de un lugar semejante; pero en Ciudad Alegre existían cientos de establecimientos como aquél. ¿Cuál podía ser el de Golden?

—Rose, es preciso que averigües en dónde está Flavia —dijo Adán.

Ella movió la cabeza entonces negativamente.

—No puedo saberlo, Adán. Recuerda que Flavia aún no ha llegado aquí.

Adán cerró los ojos. Por un momento, había olvidado que Golden llevaba a Flavia en una nave, que necesitaría al menos una hora para arribar a Ciudad Alegre, mientras que ellos sólo precisaron de una milésima de segundo.

—¿Cómo está ella ahora?

—Tampoco lo sé. Sus emanaciones inconscientes dejaron de fluir casi enseguida cuando salimos de ese lugar lleno de policías. Pero no te preocupes; cuando ella llegue aquí lo sabré enseguida.

Volvieron a caminar por la avenida, ahora más lentamente.

Tenían por delante un largo tiempo. Rose dijo:

—Tengo hambre, Adán.

Adán pensó que no sería difícil comer en algunos de aquellos garitos. Todos poseían restaurante. Eligió el que le pareció menos escandaloso. Después de una pequeña entrada, el garito les ofrecía un salón de enormes dimensiones. Estaba lleno de gente procedente de docenas de planetas. Sus distintos tonos de piel y constitución quedaban paliados ante su afición común: el juego.

Rose preguntó a Adán qué estaba haciendo aquella gente allí, y éste le respondió que perdiendo tiempo y dinero, olvidándose de su primitivo deseo de visitar Ciudad Alegre cuando el mayor inspector le comunicó que sus pruebas se iban a celebrar dos días después de lo previsto.

—¿Por qué juegan, Adán?

—Para ganar dinero.

—¿Siempre ganan?

—No. Generalmente suelen perder todo el que traen, y apenas les queda para comprar un pasaje y volver a su mundo de procedencia. Muchos tienen que quedarse aquí algún tiempo trabajando para poder ganar unos créditos y largarse antes de tener que vender su alma.

Ella hizo un mohín de incompreensión.

—Es tonto jugar, si siempre se pierde. ¿Quién gana entonces?

Adán rió de buena gana, olvidándose por un momento de los problemas.

—Los dueños de estos lugares. Ven, aquí nos venderán comida.

Los restaurantes de las casas de juego en la Luna eran simples suministradores de vituallas. A cambio de unas monedas, Adán y Rose recibieron unas bandejas con alimentos sintéticos. Tuvieron que comer de pie porque en Ciudad Alegre no se concibe desperdiciar el tiempo para alimentarse, sino para jugar y disfrutar de los placeres que allí se hallan en venta.

Adán no tenía mucho apetito, y tiró su bandeja por el conducto de los desperdicios, quedándose luego observando cómo Rose terminaba con la suya.

Cuando la niña hubo concluido, dijo:

—Me gustaría probar, Adán.

—¿Probar? ¿El qué, Rose?

—Quiero decir que deseo jugar; nunca lo he hecho.

Adán suspiró, y comprobó en su cronómetro que aún faltaba bastante para que la nave de Golden llegase a la Luna. Luego extrajo su tarjeta de crédito y la miró de malhumor, al comprobar que apenas si le quedaba dinero.

—Está bien, señorita. Voy a enseñarte que no se debe jugar. Verás por tus propios ojos cómo una persona es expoliada en estos antros.

Se dirigieron a una sucursal automática de un banco terrestre, y Adán introdujo en una ranura su tarjeta. Debía obtener dinero en metálico para poder jugar, ya que en la Luna estaba prohibida la utilización de cuentas situadas en otros mundos.

El banquero automático dependía exclusivamente de la Tierra, y dio a Adán veintidós créditos en monedas, diciendo una voz cantarina a continuación, procedente de la máquina:

—Su saldo queda en cien créditos a su favor, señor.

Era lo justo para adquirir dos pasajes para volver a la Tierra si, por cualquier circunstancia, Rose no podía devolverles a ambos allí de la misma forma que les hizo poner sus plantas en el satélite.

—¿A qué prefieres jugar, Rose?

Estaban nuevamente en la gran sala de juego, y Rose lo miraba todo con ojos muy abiertos, entusiasmada con el color y el ruido compacto del ambiente.

—Eso parece bonito —dijo la niña.

Lo que a Rose le parecía bonito era una ruleta estelar, suspendida en el aire. Alrededor de ella se apiñaban docenas de personas, entre seres humanos y humanoides. El encargado de controlar las apuestas era un hombre-simio de Neteft, que con su agilidad innata parecía estar en todas partes, recogiendo mucho dinero y entregando en premios una mínima parte.

—Eso es muy difícil, Rose. ¿Por qué no probamos con otra cosa?

—No. Esto me gusta.

—Como quieras.

Se acercaron más, y Adán explicó a Rose que la ruleta estelar se trataba de una variante de un viejo juego terrestre, muy en boga mucho antes de la Primera Era.

Se trataba de un espacio carente de gravedad, donde flotaban doscientas bolitas, la mitad rojas y la otra mitad azules. En el centro

había un sol diminuto. Cuando el encargado estaba conforme con la cantidad de las apuestas, inyectaba aire al cubo transparente y las bolitas azules y rojas empezaban a girar de forma loca, hasta que una de ellas chocaba contra el diminuto sol y se detenía el juego.

Se podía apostar al color de la bola que tocaba el sol, al tiempo de duración, si sucedía en segundos pares o impares, al lado izquierdo o derecho del sol donde se producía la colisión, etc. Naturalmente quien acertase el número de la bolita que tocaba el sol, además de color, tiempo y lado, acertaba un pleno importante.

El encargado del juego caminaba sin cesar de un lado para otro, haciendo que los jugadores se diesen prisa en sus apuestas, que formalizaban pulsando las teclas de docenas de tableros colocados alrededor del cubo al tiempo que depositaban el dinero en su interior. Todo era casi automático. El encargado sólo daba un tono de extraña humanidad al juego.

Estaban delante de uno de los tableros, y Adán echó una moneda de crédito y pulsó la tecla de rojo.

El encargado de la ruleta estelar consideró que había ya suficientes apuestas, y puso en funcionamiento el cubo. Sólo transcurrieron ocho segundos para que una de las bolitas diese por la parte izquierda al sol. El tiempo máximo eran de veinte segundos. Ganaban quienes apostaron al azul, segundo par, lado izquierdo, tiempo menos diez segundos y número de la bola, ochenta y ocho. Así lo anunció el encargado, mientras pagaba algunas pequeñas apuestas y lo preparaba todo para otra jugada.

En las siguientes, Adán volvió a perder en total once créditos más. Estaba a punto de decirle a Rose que debían probar en otros juegos cuando la niña le dijo:

—Dame la moneda, Adán.

Éste miró un poco doloridamente la pieza de diez créditos, y se la entregó a la niña. Curioso, Adán observó cómo Rose la depositaba en el tablero, y sus pequeños deditos pulsaban las teclas con una decisión asombrosa.

Después que se hubo puesto en marcha el vertiginoso caminar de bolitas azules y rojas, y se detuvieron, el encargado empezó a recitar de forma monótona:

—Rojo, impar, derecho, menos catorce segundos, número ciento doce. Tomen sus apuestas, seres. Vamos a otra...

Entonces su voz se quebró al pasar delante del tablero que Rose había manejado. El hombre-simio se había quedado paralizado al leer los resultados del tablero. Jadeante y parpadeando, anunció:

—Pleno, pleno total.

Adán se volvió rápidamente para mirar a Rose, que observaba radiante cómo el hombre-simio dejaba caer sobre la bandeja del tablero un montón de relucientes monedas de platino. Ninguna de ellas era inferior a cincuenta créditos.

—Es bonito este juego, Adán —dijo la niña, echando rápidamente en la ranura unas docenas de monedas, y empezando a pulsar botones.

El hombre-simio puso de nuevo en marcha la ruleta pero esta vez no se alejó de delante de la niña. Su voz parecía pender de un hilo cuando anunció, casi llorando:

—Rojo, par, derecho, más tres, número cuarenta y ocho. Nuevo pleno, seres de la galaxia.

El montón de monedas depositadas en la bandeja era muy superior a la capacidad de ésta, y un robot acudió presto a traer un recipiente mayor, recogiendo las monedas caídas al suelo y devolviéndolas honradamente.

Adán dejó de sentirse asombrado para pasar a una terrible molestia. Cada vez había más gente alrededor de ellos. Apenas unos pocos jugadores se dedicaban a seguir apostando. Nadie recordaba haber visto dos plenos totales consecutivos en su vida. Y todos esperaban la tercera apuesta de la niña.

El hombre-simio gimió terriblemente cuando Rose apostó más de cincuenta mil créditos esta vez, cubriendo todas las combinaciones.

—Es demasiado —protestó el encargado, mientras calculaba mentalmente cuánto tendría que pagar, si la niña volvía a acertar—. No es normal este tipo de apuestas. Yo no sé si...

—¿Qué pretendes tú, cochino mono con traje humano? —le espetó un individuo vestido lujosamente, y a quien acompañaban otros hombres de aspecto siniestro—. He estado perdiendo durante años en este asqueroso lugar, y nunca habéis protestado. ¿Pretendes insinuarnos que te sorprende que alguien gane?

A través de su corto vello, el hombre-simio empezó a sudar. Miraba hacia un lugar del público con ansiedad. Desde allí, un

hombre vestido de gris y fumando un grueso cigarro, dijo, malhumorado:

—El señor Creht tiene razón, encargado. Nunca existieron límites en esta casa.

El tipo lujosamente vestido, al parecer llamado Creht, saludó con una inclinación de cabeza a quien habló, respondiendo:

—Gracias, Brhul, por enseñar modales a tus empleados. De veras que me gusta ver cómo se llevan tu dinero.

Brhul no respondió. Tenía su mirada fija en las revoloteantes bolitas azules y rojas. El resultado, al chocar una de ellas con el sol en miniatura, fue que Rose ganó su tercer pleno consecutivo.

El encargado miró, asustado, a su patrón, quien casi gritó:

—¿Qué esperas para pagar?

El hombre-simio se encogió de hombros e hizo un gesto harto conocido con el pulgar e índice para indicar que carecía de efectivo suficiente.

Brhul soltó una maldición, y preguntó a cuánto ascendía el premio.

—Un millón trescientos cincuenta mil créditos, señor —repuso el encargado quedamente.

Muchos curiosos silbaron ante la cantidad anunciada. Creht soltó una divertida risotada, mientras el dueño del casino sacaba su cartera y contaba los billetes para cubrir la apuesta.

Brhul entregó a Adán el dinero, diciendo:

—Esta niña es una paranormal, amigo.

Adán no supo qué responder, haciéndolo en su lugar Creht:

—No pagas licencia para prohibir la entrada a los paranormales, Brhul. Además, ninguno de ellos es capaz de adivinar dos plenos seguidos y totales.

—Es cierto —asintió Brhul, tan pálido como un muerto—. Que continúe el juego.

—Déjalo ya, Rose —dijo Adán.

Aquello se estaba complicando demasiado, además de estar cerca el momento en que la nave de Golden iba a descender.

—No, amigo —intervino Creht—. Deje jugar a la niña. Ella tiene deseos de hacerlo. No se preocupe, que si gana saldrá de la Luna con todo su dinero. Yo me encargo de ello.

Un desconocido susurró al oído de Adán:

—Y es cierto lo que dice el señor Creht. Posee otros casinos en la Luna, y odia a Brhul. Se sentirá feliz si ustedes arruinan esta casa. Si les protege, podrán marcharse con una fortuna. Si siguen ganando, claro. Puede usted incluso ganar el casino, y luego el señor Creht se lo compraría a buen precio.

Rose hizo esta vez una apuesta de más de cien mil créditos, y únicamente eligió el número de la bolita. Concretamente el uno.

Aquel número asombró a todo el mundo.

Se había dejado de jugar en toda la sala, rodeando cientos de seres la ruleta. Hubo alguno que empezó a aceptar uno contra diez a que Rose volvía a acertar pero apenas nadie quiso tomar en serio su apuesta.

—Vamos, mono. Pon en marcha de una vez el cacharro —apremió Creht, mirando, divertido, la palidez de Brhul.

Los pequeños puntos rojos y azules comenzaron de nuevo a danzar en el interior del cubo, mientras el silencio se hacía cada vez más áspero en la sala.

Cuando una bolita roja tocó el punto luminoso que simulaba una estrella, apenas hubo quién se quedara sin exhalar un quejido. Antes que el hombre-simio cantase el resultado, ya todos lo conocían por medio del anunciador electrónico, que reflejó sobre una pequeña pantalla el resultado del juego.

—Número uno.

Inmediatamente estallaron murmullos de asombro. Aquello era inaudito. Acercándose al desmadejado dueño del casino, Creht preguntó:

—¿Estás conforme con el resultado, Brhul? ¿O te niegas a pagar, y prefieres, antes, revisar la ruleta?

Aspirando aire, Brhul replicó:

—Es legal la jugada —y agregó—: Pero esta niña es una paranormal.

—¿Intentas hacernos creer que sus poderes han movido la bola deseada? No digas tonterías. Todos sabemos que estos juegos son a prueba de paranormales.

—No quiero decir tal cosa. Pero sí lo ha adivinado.

—Está bien. Ahora, debes pagar. Son tres millones y medio de créditos —sonrió con sarcasmo, y añadió—: Si no dispones de efectivo, yo podría ayudarte en algo. Ya sabes que siempre me gustó

tu local.

Adán dejó que un robot echase en una mesa el dinero acumulado, y esperase al lado de Rose órdenes. Se acercó al dueño del casino, y dijo, ante el asombro de Creht:

—No creo que tenga necesidad de vender su negocio, señor. Intuyo que podríamos llegar a un acuerdo.

—En Ciudad Alegre las apuestas se pagan, amigo —intervino.

—No lo dudo, pero han sucedido cosas anómalas. Además, no pretendo regalarle absolutamente nada al señor Brhul; él tendrá que darme algo a cambio. ¿Podemos hablar a solas?

Brhul aún no estaba lo suficientemente repuesto, y apenas pudo asentir con la cabeza, indicando con el brazo una dirección.

Mientras seguían Adán y Rose a Brhul, con el robot portador del dinero tras sus talones, Creht gritó:

—Recuerden que esperaré a que salgan, amigos. No se fíen de Brhul.

Entraron en un despacho decorado con delicado gusto. Después que hubo cerrado la puerta, Brhul, sin invitarles a sentarse, dijo a la pareja:

—¿Me dirán ahora quién les envía? ¿Acaso es Creht? Siempre quiso comprarme el negocio...

—No nos envía nadie —respondió Adán, que pensaba llevar a la práctica una idea que su mente había forjado, apenas terminó el último juego que había arruinado a Brhul—. Es cierto que Rose es paranormal, fuera de lo común.

—¿Y bien?

—¿Qué le parece si consideramos nula la partida? A cambio de ello, tendrá que hacernos unos favores.

Brhul miró a Adán como si éste estuviese loco o pretendiese tenderle una trampa demasiado sutil.

—Explíquese —pidió—. Mis colegas sólo aceptarían que no le pagase si reconocieran que la niña tiene un poder tan grande de levitación como para obligar a salir premiado el número elegido por ella. ¿Qué tengo que hacer a cambio?

Adán sonrió. Comprendía las aprensiones del hombre. Nadie regalaba sencillamente cerca de cinco millones de créditos, que era a lo que ascendían las ganancias.

—Nunca jugué para ganar. Quise demostrarle a Rose que no se

debe jugar, que generalmente solo gana la casa. Ya ve lo mal que ha quedado mi ejemplo.

—Dígame, de una vez, lo que desea.

—¿Conoce a Arnold Golden? —Al asentir Brhul, Adán agregó—: Ese tipo ha raptado de la Tierra a una compañera de Rose, una paranormal como ella. En estos momentos debe estar aterrizando. Mediante drogas y un perturbador mental, la tiene en su poder.

—¿Y qué pinto yo en todo esto?

—Debe ayudarme a rescatar a esa mujer y a marchar de la Luna. Nosotros ignoramos cuál es el garito de Golden.

Brhul cruzó las manos sobre el pecho y miró atentamente a Adán. Aún desconfiaba porque todo le parecía demasiado fácil para recuperar su dinero.

—No me gusta actuar contra un colega. Quizás entre nosotros tengamos nuestras diferencias, pero procuramos no mezclarnos en los asuntos de los demás. Si Golden ha raptado a una mujer de la Tierra, es probable que la policía intervenga. El plagio es uno de los pocos delitos por los que pueden intervenir en Ciudad Alegre.

—Esa mujer no es de la Tierra. Por lo tanto, la policía nunca podrá detener a Golden por tal cosa en la Luna.

De pronto, la puerta se abrió violentamente y penetró Creht. Fuera, quedaron sus guardaespaldas.

—¿Qué pasa aquí?

—Intenta saldar mi deuda, cinco millones, a cambio de un pequeño favor —sonrió Brhul, señalando a Adán—. Tal vez tú puedas ayudarnos también, Creht. Empiezo a pensar que el asunto te interesa.

Creht, dio un salto como si le hubieran pellizcado, diciendo:

—Es lo más absurdo que he oído en mi vida. Me opongo a que la deuda no se pague y a ayudar, por supuesto. No colaboraré contigo para sacarte del apuro, Brhul. Seguro que no.

—Lo harás cuando te diga que Arnold Golden ha traído a la Luna a una paranormal tan sorprendente como esta niña.

—¿Para qué? —preguntó Creht, abriendo la boca.

—Golden quiere apoderarse de todos los garitos de la Luna. Con esa mujer, Flavia, pondrá en bancarrota a todos ustedes. Y no lo hará de forma tan descarada como nosotros, sino siguiendo un estudiado plan. Cuando se den cuenta, los habrá arruinado a todos.

Las palabras de Adán confirmaron la sospecha de Brhul, y dejaron totalmente asombrado a Creht.

Tras un corto espacio de tiempo, Creht afirmó:

—Esa información bien vale cinco millones. Y mi ayuda, por supuesto. ¿Esa mujer está de acuerdo en ayudar a Golden?

—No. Él la domina. Ella estuvo huyendo de él durante algún tiempo, desde que Golden supo que era paranormal.

Creht torció el gesto. Miraba al robot cargado de dinero cuando dijo:

—Me disgusta perder esta oportunidad de fastidiar a Brhul, pero ya encontraré otra ocasión. De acuerdo, amigo. Dentro de poco estarán usted, la niña y esa mujer sanos y salvos en la Tierra. ¿No se arrepentirá de dejar una fortuna?

—No —rió Adán. Tomó unas monedas del recipiente que llevaba el robot y explicó—: Sólo tomo mis veintidós créditos, con los que Rose empezó a jugar.

Los dos dueños de casinos se miraron, estupefactos, y siguieron a Adán y la niña.

## 9

Cuando Arnold Golden entró en su refugio, una casa levantada junto a su casa de juego, era tal su alegría que no se percató de la cara tensa que tenía su vigilante particular.

Cuando, en el interior, sus hombres dejaron sobre una butaca el inanimado cuerpo de Flavia, y él se dirigió a la pantalla visora gigante por la cual se divisaba la gran sala de juegos con cientos de máquinas, tampoco descubrió nada anormal.

Aquella noche había bastante público, más de lo acostumbrado. Habría buenas ganancias, pero miserables si las comparaba con las que pronto iba a conseguir. Golden se sonrió, pensando que pronto podría abandonar aquel lugar que, pese a sus lujos, le parecía infecto. Estaba cansado de vivir bajo una cúpula. Ansiaba el aire libre, sentir todos los días sobre su rostro la caricia del viento.

Pronto estaría en condiciones de elegir el planeta que más se le antojase para convertirlo en su edén particular.

Se volvió para mirar a Flavia. Aquella mujer iba a ser el medio seguro para obtener todo lo que se había propuesto. Con ella, y gracias a los perturbadores mentales. Con aquel aparato, los paranormales se convertían en seres dóciles, sencillos de manejar.

Corgo había colocado sobre una mesa el perturbador mental que mantenía a Flavia en aquel estado de inanimación. Se acercó a él, y disminuyó su potencia. A los pocos instantes, Flavia empezó a recobrarse. Cuando abrió los ojos, enseguida descubrió la presencia de Golden, y en su garganta murió un grito.

Golden sonrió y dijo:

—No te asustes, preciosa. No deberás tenerme miedo. No pretendo hacerte daño, te lo aseguro. Ya sabes lo que quiero de ti.

Flavia no respondió.

—Ya ves cómo, al fin, te tengo en mi poder. Y adivinas que estamos en la Luna, lejos de la molesta policía terrestre y de esa

niña entrometida, que también te buscaba para enseñarte el camino de vuelta a casa.

De pronto, Flavia se acercó a Golden, y le escupió en la cara.

—No te saldrás con la tuya, asqueroso —dijo—. No haré nada de lo que desees. Nunca sabrás dónde está Khrisdal.

Golden se limpió con el dorso de la mano. Reprimió sus deseos de golpearla. Dijo:

—Lo harás. Tú harás lo que yo desee, y también todos tus compañeros. Puedes estar segura de ello.

—No diré nada —aseguró la muchacha.

—Claro que me dirás la situación de ese planeta llamado Khrisdal. Sólo necesito activar el perturbador mental, e inyectarte cualquier droga de la verdad. Con el perturbador cerca de ti, no podrás resistir ninguna droga, por simple que sea. Luego obligaré a todos los tuyos a que me obedezcan, como lo harás tú.

La reacción de Flavia fue centelleante. Tomó un jarrón cercano a ella, y lo arrojó contra Golden. Éste apenas si tuvo tiempo de agacharse.

Corgo saltó sobre la muchacha y la agarró por los brazos. Golden estaba furioso, y avanzó hacia Flavia furiosamente, ordenando:

—Corgo, dale a esta salvaje su merecido.

El aludido arrojó a Flavia sobre la butaca y a punto estaba de golpearla cuando la puerta de la habitación se abrió violentamente y entraron Adán y Rose.

Corgo no llegó a golpear a Flavia. Ya tenía sobre él la mirada furiosa de Rose y, como un frágil muñeco, fue arrojado al fondo de la estancia. Desde allí intentó levantarse frenéticamente, y un nuevo ataque de Rose lo tumbó definitivamente al suelo.

Rose se olvidó de todo y corrió hacia Flavia, abrazándose a ella. Mientras Adán desarmaba a Golden, pensó que las muchachas no necesitarían de palabras para comunicarse sus impresiones.

Adán creyó que Golden estaba demasiado asombrado, más de lo que debiera para tratarse solamente de la entrada inesperada en su recinto de aquellas personas que suponía en la Tierra. El mismo Golden fue quien explicó a Adán:

—Es sorprendente el poder de esta niña. En esta habitación hay un perturbador mental, que no parece afectarla en absoluto.

Entonces Rose se dirigió hasta la mesa donde estaba el perturbador y lo miró fijamente. La cajita metálica pareció ser estrujada por una poderosa mano.

—Ya noté su influencia al entrar —dijo Rose, mirando de forma desafiante a Golden.

Arnold observó la pantalla de televisión que mostraba su gran salón de juego. Algo extraño sucedía en él. Los clientes dejaban de jugar. Los que hasta el momento habían parecido ser sus empleados, dejaron ver sus agachados rostros. Golden sintió que le faltaba el aire, al comprender que todos los dueños de casinos de Ciudad Alegre estaban allí, rodeados por sus hombres de confianza. Habían cubierto todas las salidas, y encerrado a sus propios servidores.

—Así es, Golden. Está perdido. Dijimos a sus colegas que usted quería a Flavia para valerse de sus poderes, y arruinarles. Ellos decidieron colaborar, por supuesto.

Golden era, ante todo, un jugador, y parecía aceptar deportivamente su derrota. Encendió tranquilamente un cigarrillo y, después de fumar, dijo:

—Creo que tienes razón. Podría explicarles la verdad, pero no me creerían. Supondrían que se trataba de una mentira para escapar de esta situación.

—Es cierto.

—¿Qué parte tiene usted en este asunto realmente, Villagran? ¿Para quién trabaja? Me equivoqué con usted, al no suponerle tan listo. Si es por dinero...

—No me haga reír. He rechazado cinco millones de créditos por conseguir la ayuda de sus colegas de juego, Golden.

Arnold suspiró, y arrojó el cigarrillo a un cenicero.

—Es penoso que todo se haya perdido en el último instante. Unos minutos más, y habría huido de la Luna. ¿Sabía que tengo preparada una nave interestelar que me habría conducido a Khrisdal de inmediato? Allí hubiera estado a salvo. ¿Cómo llegaron antes que yo? Les dejamos en el hotel, metidos en un pequeño lío con la policía terrestre...

Adán señaló a Rose, que seguía acariciando a Flavia, ya casi totalmente recuperada.

—Ella tomó la iniciativa. Sólo deseó estar aquí, y... ¡plaf!

—Es sorprendente. A cada generación, los nativos de Khrisdal

aumentan sus poderes. Si quisieran, podrían apoderarse de toda la galaxia. Pero les falta ambición.

—Que a usted le sobra, desde luego.

—Sí, así es —admitió Golden—. Yo me hubiera convertido en su jefe. ¿Conoce la verdad, Villagran?

—No toda, pero me la estoy figurando.

Volviendo a mirar hacia la pantalla, Golden dijo:

—Lo penoso es que se verá metido en un feo asunto, teniente. No sucedía esto en siglos en la Luna. ¿Por qué se ha atrevido la autoridad terrestre a intervenir militarmente en Ciudad Alegre?

Adán miró también a la pantalla. La sala de juego se había llenado de uniformes azules y oro de las fuerzas de Seguridad terrestre. Se emocionó vivamente al descubrir que algunos eran negro y plata, del Orden. Al frente de las fuerzas, algunos civiles parecían dirigir la operación. Nadie ofreció resistencia porque la sorpresa había sido demasiado grande.

—Por el contrario, me alegro de esta presencia, Golden —sonrió Adán—. No estaba muy seguro de que Creht y Brhul cumpliesen con su palabra de dejarnos marchar.

Al tiempo que la puerta de la estancia se abría y penetraba un pelotón de agentes de Seguridad, seguido por el mayor inspector y el Legislador Silvayr, Golden abatió la cabeza y dijo:

—Debí pensar que era de Seguridad, Adán. Su intervención en el asunto no debía ser casual.

Adán se sonrió. No tenía deseos de confesar que así fue. Tampoco pensó en la necesidad de decir que era un oficial del Orden y no de la Seguridad terrestre.

Ya estaban junto a él George Rayet y Ernst Silvayr. El primero de ellos fue reconocido por Adán. El otro le era totalmente desconocido.

—No esperaba encontrarle aquí tan oportunamente, mayor inspector —dijo Adán. Había mirado a Rose y Flavia, que seguían sentadas en las butacas, observando la escena como si a ellas nada les concerniese.

—Yo sí sabía que iba a estar aquí, teniente Villagran —replicó el Legislador—. Aunque no podía presumir que por sí solo pudiera dominar la situación.

—Me ayudaron —replicó Adán, mirando de forma escrutadora

al Legislador.

Rayet se apresuró a presentarlo:

—Es el Legislador Silvayr, quien debe supervisar sus pruebas.

Adán saludó con una inclinación de cabeza, diciendo:

—Pues a punto he estado de no poder presentarme, señor.

Silvayr replicó severamente:

—Un hecho así me hubiera congratulado, hace veinticuatro horas.

El teniente le miró, confuso, sin saber qué decir. Rayet se apresuró a intervenir:

—Por el camino me aseguré el Legislador que, una vez en la Tierra, tiene que explicarle detalladamente muchos puntos concernientes a su prueba de capacitación, teniente. Ahora deberíamos dejar este asunto terminado.

—Así es —dijo el Legislador—. Pronto comprenderá muchas cosas, teniente. Como anticipo, puedo decirle que hemos estado realizando lo imposible por hacerle perder las pruebas. El mayor inspector tenía instrucciones concretas mías de hacerle perder el tiempo para que no pudiera presentarse.

Sin esperar la respuesta de Adán, el Legislador se enfrentó con Golden, que había encendido otro cigarrillo y tenía gesto de cansancio, como si todo aquello le aburriese.

—Solamente a última hora hemos comprendido cuál era su juego, Golden. Le confieso que durante mucho tiempo nos ha engañado. Reconozco que, gracias a unos hechos fortuitos, hemos podido descubrir quién era usted y cuáles eran sus intenciones.

—Nada más me gustaría —dijo Golden pausadamente— que cuando me borren todos los recuerdos y comience otra vida, no se les ocurra la humorada que dejarme entre mis vicios el de jugar. Odio el juego. A causa de él, de mis colegas de la Ciudad, he perdido la partida más importante de mi vida.

—Descuide —sonrió parcamente el Legislador—. No quedará en su nueva personalidad nada de la vieja.

El Legislador hizo un gesto a los agentes de la Seguridad para que se llevaran a Golden.

—Creo haber comprendido algo, pero no todo, Legislador. ¿Puede usted satisfacer mi curiosidad? —preguntó Adán.

—Por supuesto —sonrió, complacido, Silvayr—. En estos

momentos sí me es posible contarle la verdad del asunto en el que se ha visto metido contra su voluntad. Verá, los paranormales nunca fueron bien vistos en la galaxia. Durante la Primera Era o al final de ésta, no recuerdo bien, incluso fueron perseguidos. Los que quedaban se refugiaron en un planeta que nadie sabe dónde está. Sólo sabemos que se llama Khrisdal. Los seres que allí viven son apenas unos miles y nada quieren con nosotros, aunque esporádicamente algunos de sus miembros nos visitan para conocer nuestros adelantos.

»Hace unos meses llegó a la Tierra uno de estos paranormales. Gracias a sus poderes, les resulta muy fácil mezclarse entre nosotros sin ser descubiertos. Se trataba de una mujer, llamada Flavia. Vienen a la Tierra de una forma extraña. Una nave deja al espía en Plutón o Neptuno, y entonces éste, mediante la fuerza mental, se teleporta hasta la Tierra. Para regresar a Khrisdal hacen lo mismo.

»Pero Golden había desarrollado un perturbador mental para alejar de su casino a los paranormales de poca monta que siempre acuden a los salones de juego, con la confianza de ganar dinero gracias a sus escasos poderes. Golden debió estar en la Tierra, con el perturbador en marcha, cuando se cruzó con Flavia. La reconoció como una paranormal de gran potencia y, durante algún tiempo, la tuvo encerrada en algún lugar de la Tierra. Pero Flavia escapó y estuvo huyendo de Golden durante semanas. Tenía la muchacha sus poderes mermados, y no podía efectuar el máximo salto mental que pueden hacer los de su raza, que es ir hasta Neptuno para recoger la nave y regresar a Khrisdal.

»Usted se encontró con la niña primero, y luego con Flavia, y se vio metido en el asunto sin desearlo. Como le vigilábamos para impedirle presentarse en las pruebas, comprendimos que Golden estaba detrás de algo muy grande para él. Sencillamente, Golden deseaba conocer las coordenadas de Khrisdal para obligar a sus habitantes a obedecerle con un perturbador mental de mayor potencia. Con la colaboración de los paranormales, en pocos años, si actuaba con astucia, podía convertirse en el amo de toda la galaxia.

Mientras hablaba, el Legislador recorría curiosamente la estancia de Golden, mirando sobre la mesa de trabajo y en el interior de los cajones de los muebles. Adán le seguía, y en su rostro empezaba a

dibujarse una enigmática sonrisa.

—El resto puedo contárselo yo a usted, señor —dijo—. Cuando los seres de Khrisdal comprendieron que a Flavia le ocurría algo, enviaron en su ayuda a Rose.

—Exacto —asintió Silvayr—. Eso es precisamente lo que me parece estúpido. ¿Por qué una niña? ¿Cómo iba a poder ayudar a Flavia?

—Porque Rose es uno de los contactos paranormales que puede viajar a través de cientos de años luz con el pensamiento e, incluso, ser capaz de llevar consigo a otra persona. Ella vino para llevarse a Flavia.

Apenas terminó Adán de hablar, el Legislador se revolvió hacia la dirección donde estaban la niña y la mujer.

No vio a nadie. Estaban solos en la estancia, a excepción del mayor inspector. Adán explicó:

—Se han marchado.

El Legislador tardó unos segundos en poder articular:

—¿A Khrisdal?

—Sí —asintió Adán—. Tal vez tuvieron miedo de caer en manos de otras personas que también quisieran saber la situación de Khrisdal, como Golden.

El Legislador agachó la cabeza.

—Es cierto —dijo—. Tenía órdenes de llevar a la Tierra a esas dos paranormales. Debí pensar que escaparían de mí, si no ponía los medios adecuados para impedirlo.

—Es mejor así, señor. Esos seres son pacíficos. Tal vez se horroricen incluso de sus poderes. Nunca harán daño, si otras personas no intentan hacérselo. Vivirán en paz siempre en Khrisdal.

—Pero algún día descubriremos dónde está ese planeta.

—¿Está seguro? ¿Piensa que Khrisdal está en esta galaxia... o en este tiempo y dimensión?

—¿Qué está diciendo?

Adán se apresuró a sonreír.

—No me haga caso. Sólo divago. No podemos saber dónde está el planeta de los paranormales. Pero si ellos se han refugiado en él, huyendo de nosotros, dejémosles estar y vivir en paz. Es posible que llegue el día que la humanidad dependa de su ayuda para sobrevivir.

—O para ser aniquilados por ellos —dijo sombríamente el Legislador—. No olvide que son superiores a nosotros; que representan, seguramente, la raza que habrá de sustituirnos algún día.

—Pero ese día está lejano aún. Lógicamente, ellos no debieron vivir hasta dentro de unos milenios.

—Es posible. Vamos. Regresemos a la Tierra.

—Es verdad. Me olvidé por un momento de que incluso ustedes, los dirigentes del Orden, han intentado obstaculizar mis derechos a pasar nuevas pruebas —terminó Adán apagadamente.

—Pronto lo comprenderá todo.

## 10

Habían llegado hasta ella caminando lentamente, hablando de cosas sin importancia. Y, hasta que no la tuvo a menos de cien metros, Adán no comprendió que aquella nave era muy superior a las del tipo de la Hermes.

—Es... impresionante —dijo Adán al Legislador.

Aquella mañana, cuando se presentó ante él, Silvayr le dijo que hablarían en el puerto estelar del Orden, situado en lo que antiguamente fue el desierto de Sahara, luego mar y ahora fértil tierra.

—¿Me ha traído aquí sólo para enseñarme esta maravilla? —preguntó el teniente, señalando la nave.

Era plateada con partes doradas, brillando al sol. Su capacidad de carga era el triple de la del Hermes, hasta entonces considerado como el mejor modelo de exploración. Adán leyó en el fuselaje: Silente.

Quizá fuera silenciosa, pero no invisible. Era bueno que su aspecto impresionara. A veces, se visitaban mundos en los que una primera visión de respeto podía influir en ganar a una olvidada civilización.

—Me gustaría viajar en ella —musitó Adán.

Silvayr, que hasta entonces se había limitado a observar la admiración de Adán, dijo:

—Es suya.

Adán se volvió, aturdido, como si los oídos le zumbaran.

—Repito que es suya —dijo el Legislador—. Usted será su comandante. Claro que habrá otro que comparta con usted el mando, porque este tipo de nave es distinto a las hasta ahora utilizadas, y precisa de dos comandantes; pero usted será el principal.

Tartamudeante, Adán preguntó:

—¿Y las pruebas? No las he efectuado aún. Y usted confesó en la Luna que no deseaban que yo las pasase.

—Es cierto. Así era. Debo explicarle algunas cosas, y entonces comprenderá. Todos nuestros presuntos oficiales tienen que ser analizados por las computadoras. A cada cual se le da el cargo que los análisis matemáticos indican. Los que obtienen mayor puntuación son comandantes, jefes de planificación, etc. Luego, los oficiales de responsabilidad, de segundo orden, etc. Quien resulta ser un buen comandante de nave de exploración será toda su vida un oficial eficiente, pero nada más. Siempre estamos necesitados de elementos de más alto nivel intelectual.

»No sólo es preciso que sean inteligentes, sino que además sepan afrontar situaciones inesperadas, que a veces han de resolverse intuitivamente. Esto la computadora solamente puede predecirlo con cierta inseguridad. Entonces nosotros apartamos a los contados hombres o mujeres que resultan salir catalogados de las pruebas como Reservas.

»Guardamos estos elementos para mejores cometidos. Algunos de los Reservas se pasan años actuando como oficiales, desarrollando cometidos por debajo de su capacidad real. Es un método que les sirve extraordinariamente, más adelante. Cuando usted regresó, nos desagradó porque no tenía que hacerlo hasta dentro de unos años; pero su comandante, Alice Cooper, fue demasiado perspicaz e intuyó que usted merecía algo mejor que el grado de teniente.

»Inicialmente quisimos hacerle perder las pruebas para devolverle a su antiguo destino, y esperar unos años. Ahora, después de lo ocurrido, el Alto Mando y todos los Legisladores estamos de acuerdo en que ya está en condiciones de comandar su propia nave.

Adán agradeció al Legislador con una muda sonrisa aquellas palabras, y sólo tenía ojos para admirar la belleza de líneas de la nave Silente.

—Me gustaría conocer a la tripulación —dijo, después de un largo silencio contemplativo.

—Partirá de la Tierra dentro de unos días con la mitad de ella, Adán. En una base intermedia, cuya posición se le dirá en el momento oportuno, esperará a una de las antiguas naves de

exploración. Creo que le alegrará saber que se trata de la Unex Hermes. Según las últimas noticias, su antiguo comandante, Alice Cooper, acaba de finalizar una delicada misión en Ruder, llena de éxitos.

—¿Quiere decir que todos los tripulantes del Hermes serán también, de nuevo, mis compañeros?

El Legislador asintió. Estaba satisfecho ante la alegría de Adán.

—Así es. Alice Cooper será el otro comandante. Espero que ella no se ofenda porque su antiguo patrocinado sea ahora su igual, e incluso superior legalmente.

Adán pensó en Kelemen, en LeLoux, en Koritz y tantos otros antiguos compañeros. Y, sobre todo, en Alice. Emocionado, preguntó:

—¿Regresan todos de Ruder? Tengo noticias de que allí existía una crisis delicada, que había guerra local.

—Ya no la hay. La comandante Cooper desenmascaró el juego del príncipe Gredan, o lo que quedaba de él, y su hermana Berlah. Es hora de regresar, comandante Villagran.

Silvayr tuvo que volverse. Adán seguía contemplando la nave, airosa al aire y el sol, dispuesta a partir hacia nuevas rutas estelares.

Esta vez volvería a estar junto a Alice, de igual a igual, y por fin se podrían casar. Adán deseó que ella se alegrase tanto como él, en la próxima reunión.

Silvayr tosió discretamente, y Adán tuvo que hacer un gran esfuerzo para apartar la mirada de la nave y reunirse con el Legislador.

FIN